

Del socialismo al progresismo

***La Ciudad Futura* y la construcción de una izquierda democrática en la Argentina**

Ricardo Martínez Mazzola
(CONICET-UNSAM-UBA)

A mediados de los años 80, al regreso del exilio mexicano, José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula, empezaron a publicar la revista *La Ciudad Futura*, desde la que propusieron, junto a otros intelectuales que conformaban el Club de Cultura Socialista,¹ una reevaluación del vínculo entre socialismo y democracia y, consecuentemente, una relectura de la historia y las tradiciones de la izquierda argentina.

El primer número de la revista salió a las calles en agosto de 1986, momento en que transcurrían los días más exitosos del gobierno de Raúl Alfonsín.² El gobierno radical no brindaba solo un marco externo para el nacimiento de *La Ciudad Futura*, por el contrario, la revista mantenía un vínculo muy estrecho con esa apuesta alfonsinista. Y no solo porque Juan Carlos Portantiero era un colaborador estrecho del presidente, sino porque la propia empresa de *La Ciudad Futura* compartía la voluntad de reformas que Alfonsín levantaba en un difícil escenario nacional. La arena en la que la revista se proponía intervenir era más reducida pero igualmente hostil: una cultura de izquierda que juzgaba a la democracia representativa como meramente formal y la evaluaba en términos puramente tácticos como un espacio para acumular fuerzas para un posterior momento revolucionario.

1

¹ Sobre el Club de Cultura Socialista, véase Ponza, Pablo, “El Club de Cultura Socialista y la gestión Alfonsín: transición a una nueva cultura política plural y democrática”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Nouveaux mondes mondes nouveaux-Novo Mundo Mundos Novos-New world New worlds* (2013) <http://nuevomundo.revues.org/65035>.

² El Plan Austral, lanzado en junio de 1985, había alcanzado un éxito, que pronto se revelaría transitorio, controlando la inflación y aumentando la actividad económica; en noviembre la Unión Cívica Radical (UCR) había obtenido un rotundo triunfo en los comicios de renovación parlamentaria; el 9 de diciembre la Cámara Federal de la Ciudad de Buenos Aires había dictado sentencia en el Juicio a las Juntas Militares del Proceso de Reorganización Nacional. Fue en ese contexto auspicioso que el 12 de diciembre de 1985 Alfonsín había pronunciado un discurso proponiendo una agenda de reformas que, afirmaba, sentarían las bases de una “Segunda República”. Sobre el “Discurso de Parque Norte” véase Aboy Carlés, Gerardo “Parque Norte o la doble ruptura alfonsinista”, en Novaro, Marcos y Vicente Palermo *La historia reciente: Argentina en Democracia*, Buenos Aires, Edhasa, 2004.

El señalamiento anterior da cuenta de la mirada que estructura este estudio inicial. Aunque la escasa bibliografía que aborda la revista, y la algo más amplia que indaga la actuación de los intelectuales reunidos en el Club de Cultura Socialista, ha tendido a concentrarse en la vinculación que algunos de ellos establecieron con el gobierno de Alfonsín,³ en la transformación asociada al surgimiento de un nuevo tipo de “intelectual”⁴ y en las transformaciones que se impulsaron en el lenguaje político⁵ y en la teoría social⁶, creemos que el eje que guía la revista se encuentra en la propuesta de renovación de la izquierda argentina.⁷

Si bien la apuesta por una “izquierda democrática” se mantuvo a lo largo de la vida de *La Ciudad Futura*, los rasgos que se le asignaron experimentaron transformaciones ligadas a los cambios del escenario político argentino e internacional. Es por ello que el estudio se organiza en cuatro secciones encadenadas en un orden cronológico. En primer lugar, y dado que la empresa de renovación del vocabulario y las ideas de izquierda emprendida por sus editores no se inició con la revista, propone una rápida reconstrucción de los pasos previos de estos intelectuales. En segundo lugar, analiza las intervenciones de *La Ciudad Futura* en los “años de Alfonsín, el período más estudiado de la vida de la revista. En tercer lugar, señala las perplejidades que suscita el fracaso alfonsinista y el triunfo menemista a la vez que da cuenta de los debates que, desde comienzos de los '90, suscitan las propuestas de una coalición “progresista” amplia. Finalmente, se reconstruyen las posiciones de *La Ciudad Futura* a fines de los '90, momento en el que el triunfo de la anhelada

³ Véase Elizalde, Josefina, "La participación política de los intelectuales durante la transición democrática: el Grupo Esmeralda y el presidente Alfonsín." *Buenos Aires, Temas de Historia Argentina y Americana*, 2009.

⁴ Véase Burgos, Raúl, *Los Gramscianos argentinos: cultura y política en la experiencia de "Pasado y Presente"*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2004: 71-93; Andrés Tzeiman "Intelectuales y política en Argentina. A propósito del itinerario político-intelectual de Juan Carlos Portantiero" *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Nouveaux mondes mondes nouveaux-Novo Mundo Mundos Novos-New world New worlds*, 2015.

⁵ Véase Reano, Ariana, "Controversia y *La Ciudad Futura*: democracia y socialismo en debate." *Revista mexicana de sociología* 74.3, 2012, 487-511; Ariana Reano y Julia Smola. *Palabras políticas. Debates sobre la democracia en la Argentina de los '80*. Ediciones Universidad Nacional de General Sarmiento y Universidad Nacional de Avellaneda, Buenos Aires, 2014.

⁶ Rabotnikof, Nora, "El retorno de la filosofía política. Notas sobre el clima teórico de una década", *Revista Mexicana de Sociología*, 1992, 4; José Casco "Cultura, modernización y democracia. Max Weber en la obra de los sociólogos intelectuales de la transición a la democracia argentina. *Cuadernos de Ciencias Sociales*, 2010.

⁷ Esta es la aproximación que he planteado en trabajos anteriores, a los que este estudio inicial sintetiza y amplía hacia los años '90. Véase Ricardo Martínez Mazzola, "Una ruptura en la tradición. *La Ciudad Futura* y la construcción de una izquierda democrática (1986-1991)", *Izquierdas*, N° 28, julio de 2016, 248-273. Véase también Martínez Mazzola, Ricardo, "Una revista para la "izquierda democrática". *La Ciudad Futura* (1986-1989)", en Leticia Prislei (dir.), 2015, *op. cit.*, 399-436.

coalición “progresista”, la “Alianza”, suscita debates y críticas que llevan, primero, a la interrupción de la publicación de la revista en 1998 y, reaparecida a fines de 2001, a su cierre definitivo en 2004.

I- De Pasado y Presente a La Ciudad Futura

La Ciudad Futura puede ser considerada como una estación en el largo recorrido de producción intelectual de un importante grupo de intelectuales argentinos. Dos de sus editores, José Aricó y Juan Carlos Portantiero, habían participado de *Pasado y Presente*, mítica revista que en sus dos etapas impulsó el debate y la renovación intelectual de la izquierda argentina.⁸ El tercero de los editores, Jorge Tula, había dirigido *Controversia*, revista que en el exilio mexicano planteó una dura autocrítica respecto a las apuestas de la “izquierda revolucionaria” y sostuvo un novedoso espacio de diálogo entre tradiciones políticas, fundamentalmente la socialista y la peronista. De la experiencia de *Controversia* participaron Aricó, Portantiero y otros intelectuales que tendrían importante participación en *La Ciudad Futura*, como Emilio De Ípola, Oscar Terán y Sergio Bufano.⁹

A su regreso a la Argentina, Aricó y Portantiero se sumaron al Consejo de Dirección de *Punto de Vista*, una revista cultural que, bajo la dirección de Beatriz Sarlo, se editaba en Buenos Aires desde 1978. En los días mexicanos los miembros del “Grupo Socialista de discusión” habían establecido vínculos con los editores de esta revista, vínculos que estrecharían al regreso del exilio cuando unos y otros confluyeran para fundar el “Club de Cultura Socialista”. Según rezaba su declaración de principios, el “Club” se colocaba explícitamente “fuera de la esfera de los partidos políticos y de la

⁸ Sobre *Pasado y Presente* véase Massholder, Alexia, “Debates y rupturas en el nacimiento de *Pasado y Presente*” y Prislei, Leticia, “Polémica en *Pasado y Presente*. Acerca del diálogo entre cristianos y marxistas”, en Leticia Prislei (dir.) *Polémicas intelectuales, debates políticos. Revistas culturales en el siglo XX*, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015, 299-319. Dentro de la amplia bibliografía acerca de la revista, y el grupo, *Pasado y Presente*, también puede citarse: Aricó, José, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Puntosur, 1988; Terán, Oscar, *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur, 1991. Burgos, Raúl, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de “Pasado y Presente”*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004 y Petra, Adriana, “En la zona de contacto, *Pasado y Presente* y la formación de un grupo cultural”, en Ana Clarisa Agüero y Diego García (edits.) *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, Córdoba, Ediciones Al Margen, 2010.

⁹ Sobre *Controversia* véase Farías, Matías, “Un epílogo para los años setenta. *Controversia* y la crítica a las organizaciones revolucionarias”, *op. cit.*, 355-397. También Reano, Ariana, “*Controversia* y *La Ciudad Futura*: democracia y socialismo en debate. *Revista mexicana de sociología*, 74(3), 2012.

izquierda organizada”¹⁰. Con respecto a sus objetivos proponía el impulso a una renovación de la cultura de la izquierda que suponía el privilegio de la “cuestión democrática”, lo que implicaba el abandono de las apuestas insurreccionales, y también la crítica del legado estatalista que, en sus vertientes populistas, leninistas o socialdemócratas, había postulado al Estado como principal instrumento de transformación social.¹¹

Como recuerda Portantiero, no todos los miembros del Club de Cultura Socialista compartían el apoyo que un sector- en el que revistaban él, Emilio De Ípola y, en menor medida, Aricó- daba a las políticas del gobierno de Alfonsín.¹² Dado que entre los que cuestionaban ese acercamiento se destacaba la figura de Beatriz Sarlo, directora de *Punto de Vista*, Portantiero y Aricó impulsaron la publicación de una nueva revista que, citando a la que publicara Antonio Gramsci hacia fines de la década del 10, se tituló *La Ciudad Futura*.¹³ Junto a ellos estaba Jorge Tula, viejo compañero de los días de *Controversia*.

II-La hora de la democracia: Los años ‘80 de *La Ciudad Futura*

Desde su primer número *La Ciudad Futura* buscó trazar una “frontera”¹⁴ al interior de la tradición de la izquierda argentina. Revisando los primeros años de vida de la revista, los que van de 1986 a 1989, podemos señalar la presencia de tres movimientos, asociados pero analíticamente distinguibles, a través de los cuales estos intelectuales construyeron esa frontera. El primero de estos movimientos, refiere a la revisión del vínculo entre socialismo y democracia. El segundo, remite al modo en que interpretaron las apuestas de la izquierda revolucionaria tanto en el pasado

¹⁰ Aricó, José, “Buenos Aires: un espacio para la idea del socialismo”, José Aricó *Entrevistas 1974-1991*, Córdoba, Centro de Estudios Avanzados-Universidad Nacional de Córdoba, 1999, 262-263.

¹¹ La constatación de que la crisis del socialismo no era solo argentina, o siquiera latinoamericana, daba lugar a que la revista publicara asiduamente las intervenciones de intelectuales europeos que indagaban por los nuevos rumbos de la izquierda. Si en el primer número Michel Rocard proclamaba “Atrevámonos a decir que hemos cambiado” (*LCF*, N°1, agosto de 1986, 9-10) en el segundo Salvatore Veca preguntaba “¿La izquierda no tiene más ideas que éstas?” (*LCF*, N° 2, octubre de 1986, 16-17).

¹² *Juan Carlos Portantiero: un itinerario político-intelectual*” (entrevista con Edgardo Mocca), Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2012, 107-108.

¹³ Portantiero y Aricó no dejaron de escribir en *Punto de Vista*, ni tampoco de formar parte de su Consejo de Dirección, pero su participación en las páginas de la revista disminuyó sensiblemente. Portantiero sólo realizó una breve intervención en homenaje a Leandro Gutiérrez en el N° 54. Aricó, en cambio, publicó varios artículos, pero sus intervenciones no se ocuparon de temas políticos de la hora. Aricó continuó como miembro del Consejo de Redacción hasta su muerte en 1991, mientras que Portantiero permaneció en él hasta 1995.

¹⁴ Como señala Aboy Carlés una frontera política construye una diferencia respecto del pasado, estableciendo una discontinuidad radical con la objetividad materializada en las identidades políticas vigentes. Aboy Carlés, Gerardo, *Las dos fronteras de la democracia argentina, la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens, 2001, 169.

argentino como en su propio tiempo. El tercero se relaciona con la relectura de la historia del viejo Partido Socialista argentino, al que recuperaron postulándolo como antecedente para la fundación de una “izquierda democrática

II.1-Socialismo y democracia

El trazado de una frontera al interior de la tradición de izquierda era ostensible desde el primer editorial de *La Ciudad Futura* que se abrió declarando que, si se quería rescatar al socialismo como proyecto y como movimiento, se debía reconocer su crisis.¹⁵ Tal señalamiento, se afirmaba, suponía tomar distancia respecto de buena parte de la izquierda argentina que consideraba que renunciar al sueño de una sociedad perfecta y reconocer la pérdida de centralidad de la clase obrera equivalía a “introducir el veneno socialdemócrata”. Como guiño y provocación el editorial presentaba a ese demonio con los ropajes del Manifiesto Comunista: frente a él, se señalaba, se santiguaban “la iglesia y los polizontes, los militares cavernícolas del proceso y los gremialistas amnésicos, los fascistas y los comunistas, los intelectuales de izquierda y los de derecha”.¹⁶ Todos ellos, sostenían los editores de la revista, se unían en el deseo del fracaso de la “nueva Argentina” nacida en 1983.

5

Pese al entusiasmo por esa nueva Argentina, *La Ciudad Futura* no realizaba una adscripción explícita al alfonsinismo, ni siquiera a la socialdemocracia. Desde el editorial se advertía que no eran socialdemócratas, sino simplemente socialistas que valoraban la posibilidad de construir un sistema político democrático capaz de “arrancar a la República de un funesto destino”. El comentario anticipaba varios de los ejes por los que discurriría la prédica de la revista: el enjuiciamiento de ese pasado que parecía marcar un destino oscuro, el papel del sistema político en la transformación de la sociedad, el vínculo entre socialismo y democracia. Era en esta última clave que se argumentaba que trabajar por la construcción de una democracia social no implicaba renunciar a los ideales socialistas sino, por el contrario, “la única forma de ser fiel a ellos”. El señalamiento hacía visible el enfrentamiento con una izquierda que leía la “conversión” al credo democrático como renuncia; también abría la posibilidad de revalorizar la tradición del socialismo de comienzos del Siglo XX, el que, según recordaba el editorial, siempre había señalado lo que solo luego de un largo recorrido y muchos errores los miembros de la revista habían redescubierto: “El socialismo no puede ser la liquidación de la democracia, sino su plena expansión.”¹⁷

¹⁵ *La Ciudad Futura*, “*La Ciudad Futura*”, LCF, N° 1, agosto de 1986, 3.

¹⁶ *Ídem*.

¹⁷ *Ídem*.

Era en esa línea de apoyo a la consolidación y expansión a las propuestas reformistas lanzadas por el presidente Raúl Alfonsín, que el primer número de *La Ciudad Futura* incluía un suplemento en el que Portantiero discutía con quienes consideraban que proyectos como el de la reforma constitucional representaban simples “cortinas de humo” que velaban los verdaderos problemas económicos y sociales. La crítica apuntaba a una izquierda “anacrónica e intelectualmente pre-gramsiana” que, abrazada al dualismo base y superestructura, siempre había considerado a las cuestiones institucionales como derivadas y, por lo tanto, secundarias frente a los temas relacionados con la estructura del poder económico. Tal concepción, señalaba, reaparecía en los discursos que contraponían la “democracia formal”, que sería la conseguida hasta el momento, a una “democracia verdadera” entendida en términos de igualdad social.¹⁸

En una línea similar, y discutiendo tanto con sectores del radicalismo gobernante como con los partidos de izquierda, Aricó subrayaba el carácter impostergable y decisivo de las reformas políticas impulsadas por Alfonsín. A los primeros, que señalaban que lo urgente era defender la situación actual y limitarse al mantenimiento del orden jurídico-institucional sin cuestionar sus limitaciones, Aricó respondía que era ilusión creer que se podía consolidar el estado de derecho sin impulsar cambios en la estructura del estado y la sociedad. Retomando la más profunda de las fronteras trazadas por Alfonsín,¹⁹ Aricó sostenía que existía consenso en reconocer que “la democracia representativa como forma de gobierno de partidos jamás existió en la vida asociada de los argentinos”, y que lo que antes había sido considerado como democracia no era más que una forma de gobierno cesarista, en la que la plaza ocultaba la corporativización de los actores sociales. El señalamiento abría a la segunda discusión, la sostenida con las izquierdas que, al incorporar la matriz cesarista de las tradiciones nacional populares, habían abandonado por irrelevantes las preocupaciones acerca del régimen político y el sistema de partidos. Aricó declaraba con dureza que, al creer apoyarse en su maestro para desestimar las formas jurídicas, la cultura de izquierda de raíz marxista había transformado “un principio metodológico como el de base y superestructura en mera tontería”. Negando que se pudiera considerar marxistas a concepciones que transformaban la acción política en “un puro acto de violencia, una guerra de aniquilación del adversario”, explicaba que, si se partía de que “las relaciones sociales de producción y reproducción solo pueden expresarse en las formas que las constituyen”, debía concluirse que las “formas jurídicas son las

¹⁸ Portantiero, Juan Carlos “Una constitución para la democracia”, *LCF*, N°1, agosto de 1986, 17-18.

¹⁹ Frontera que no sólo separaba el presente de la última dictadura militar sino de un largo pasado de faccionalismo, Aboy Carlés, *op. cit.*, 171.

formas mismas del conflicto”. Para Aricó el desinterés que mostraba la izquierda respecto a las formas institucionales y jurídicas demostraba que la cultura de la izquierda argentina no estaba instalada en la política sino en la ideología. Afirmaba que, para que el discurso de la izquierda dejara de girar en el vacío, era necesario especificar las instituciones que podían canalizar la participación popular en el presente. El socialismo, concluía Aricó: “(...) debe admitir que ningún protagonismo de masas asegura ni garantiza *per se* absolutamente nada, que en definitiva la única garantía reside en el carácter organizado o institucional de la democracia porque solo de este modo se puede evitar que una vanguardia, por más iluminada que ésta sea, prevalezca sobre los hombres y establezca el comando y el predominio de una nueva oligarquía”.²⁰

Hemos citado en extenso la intervención de Aricó porque en un solo párrafo reúne varios de los puntos en los que los miembros de la revista fundaban su ruptura en la tradición de la izquierda argentina: la reivindicación de la democracia formal, la crítica de las prácticas vanguardistas y la condena de la experiencia de los socialismos reales.²¹

II-2. La crítica a la izquierda revolucionaria

Decíamos en el apartado anterior que esta izquierda “democrática y moderna” trazó una frontera con un pasado de autoritarismo, en el que se situaba tanto en la izquierda de tradición leninista como de la nacional popular -lo que en muchos casos implicaba la producción de duros juicios respecto a sus experiencias pasadas-. Pero, como es usual, la frontera con el pasado se entrelazaba con el combate con actores del presente a los que se buscaba identificar con ese pasado. Desde *La Ciudad Futura* estos intelectuales lamentaban que, a diferencia de las europeas y algunas latinoamericanas, la izquierda argentina no estuviera instalada “en el terreno democrático” y continuara viendo a la política como la continuación de la guerra.²² Aunque la crítica incluía a la izquierda peronista, y también a sectores que sin provenir del peronismo mantenían cierta

²⁰ Aricó, José, “Una oportunidad de ponernos al día”, *LCF*, N° 2, octubre de 1986, 36.

²¹ Los miembros de *LCF* eran conscientes de que el pasaje que proponían -de una izquierda revolucionaria a una que asumía a la democracia no sólo como terreno ineludible de construcción sino como componente constitutivo del propio orden socialista-, no era algo original y exclusivo del contexto argentino. Así lo declaraban al publicar un extenso artículo en el que Norbert Lechner daba cuenta de la transformación de los proyectos y discursos políticos de la izquierda latinoamericana de su tiempo. Lechner, Norbert, “De la revolución a la democracia”, *LCF*, N° 2, agosto de 1986, 33-35.

²² Aricó, José “La izquierda y la democracia”, en José Aricó, “*Entrevistas 1974-1991*”, Córdoba, Centro de Estudios Avanzados-Universidad Nacional de Córdoba, 1999, 279.

concepción politicista y estatalista,²³ las intervenciones respecto a ella serían en *La Ciudad Futura* menos frecuentes que en *Controversia*, siendo en cambio centrales los cuestionamientos a una izquierda “clásica” que seguía abrazada a la idea de “revolución” y aun a la “lucha armada”.

Aunque en raras ocasiones sus críticas alcanzaban al Movimiento al Socialismo, al Partido Obrero y a otros grupos de la izquierda revolucionaria, los intelectuales nucleados en *La Ciudad Futura* concentraban lo más duro de su crítica en el Partido Comunista, una fuerza a la que muchos de ellos habían pertenecido y luego abandonado en los años 60'. A mediados de los años '80 esta fuerza estaba experimentando una profunda transformación en su identidad política, adoptando un perfil más revolucionario, latinoamericano y juvenilista. Paradójicamente, este giro, que presentaba importantes puntos de contacto con los postulados de la “nueva izquierda” de la que muchos de ellos habían formado parte,²⁴ era el que convertía al Partido Comunista en uno de los blancos privilegiados de su crítica.

²³ Buscando trazar un mapa que incluyera a toda la izquierda argentina Emilio De Ípola distinguía entre una izquierda “anacrónica,” que defendía una “concepción redencionista y totalizante del socialismo”, y una izquierda “moderna” que rechazaba los planteos mesiánicos y la promesa de un futuro paradisiaco. El propio De Ípola reconocía que la contraposición no era muy novedosa, pero el centro de su argumentación se hallaba en la postulación de la existencia de un tercer “tipo” de izquierda al que denominaba “protomoderna”. Las diferencias clave entre izquierda “protomoderna” y “moderna” estaban dadas por el lugar que una y otra asignan a la política y el Estado. Mientras la primera, aunque criticaba el mesianismo de la izquierda anacrónica, compartía la “centralidad de la política”, la segunda aceptaba los límites de la política; mientras una seguía siendo partidaria de la concentración de las decisiones en el Estado, la otra prefería la promoción de instancias autogestionarias y reivindicaba la esfera de lo público. Trazada la distinción, De Ípola colocaba a las fuerzas de la izquierda argentina en los distintos campos: en la izquierda anacrónica ubicaba al PC y al MAS; en la protomoderna al Partido Intransigente (PI) y al Partido Socialista Popular (PSP); la moderna, de proporciones exiguas, se hallaba en grupos intelectuales, entre los que se contaban los miembros del CCS, y un sector minoritario del Partido Socialista Democrático. De Ípola, Emilio, *LCF*, N° 11, junio de 1988, 3.

Los argumentos de De Ípola fueron retomados en un editorial que reprochaba a la izquierda el no haber sido capaz de impulsar un programa inteligente de reformas, lo que era asociado con “la resistencia a aceptar al radicalismo como una fuerza de centro, democrática y con posibilidades de formular y aun potenciar proposiciones transformadoras”. El texto lamentaba que la izquierda persistiera en las “viejas tradiciones del rechazo y las conspiraciones unilaterales”, dividiéndose entre los coqueteos con el peronismo, la búsqueda de frentes electorales basados en programas arcaicos y el intento de extraer de la situación nacional “paradigmas morales” que convocaran a la unidad. Cuestionando por vía elíptica las opciones del Partido Intransigente, la Izquierda Unida –alianza que reunía al PC, al MAS y un conjunto de agrupaciones menores- y la Unidad Socialista, el editorial lamentaba que la izquierda fuera incapaz de desprenderse de su vieja cultura para plantear opciones autónomas y creíbles para el tiempo electoral que se avecinaba. *LCF*, N° 13, noviembre de 1988-enero de 1989, 13.

²⁴ Para una caracterización de los rasgos principales de la “nueva izquierda”, véase Tortti, María Cristina (dir.), *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución*. Rosario, Prehistoria, 2014.

Con respecto a las experiencias de lucha armada en otros países latinoamericanos la principal preocupación de los miembros de la revista remitía al caso chileno. Así mientras las consideraciones sobre la experiencia nicaragüense eran relativamente positivas, su mirada respecto del giro que había adoptado el Partido Comunista chileno a partir de la “Política de Rebelión Popular de Masas” y de la creación del “Frente Patriótico Manuel Rodríguez” era impiadosa.²⁵

Pero mientras las críticas a las apuestas de los partidos de la izquierda argentina, y también de la chilena, se hacían en el terreno del debate político y en la forma de discusión teórica, la evaluación de los usos de la violencia y la lucha armada en el pasado argentino dejaba de lado la interrogación por sus fundamentos sociales y sus consecuencias políticas para adoptar un tono de simple condena, articulada en términos morales. El juicio moral, ya presente en algunas de las intervenciones que *La Ciudad Futura* publicó con ocasión del 20º aniversario de la muerte de Ernesto “Che” Guevara,²⁶ alcanzó su punto más profundo, y doloroso, en la intervención de Héctor Schmucler.²⁷ Schmucler tematizaba la cuestión de la violencia, lamentando que poco se la debatiera en la Argentina de los ‘80. Para tratarla retomaba la figura de Rodolfo Walsh, subrayando que su carácter de militante montonero había sido borrado. Las palabras de Schmucler no se orientaban, como sucedería con otras posteriores, a la reivindicación de ese carácter sino al señalamiento de que ese borramiento llevaba a la incompreensión del sentido de las acciones de quienes pensaban estar librando una guerra. Los guerrilleros, afirmaba, habían compartido con sus represores la creencia en la fuerza liquidadora de las armas ante la cual el otro no merecía ninguna consideración. Schmucler lo

²⁵ Sobre las transformaciones del PC chileno y el surgimiento del “Frente Patriótico Manuel Rodríguez”, véase Rolando Álvarez Vallejos. “Los ‘hermanos rodriguistas’. La división del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y el surgimiento de una nueva cultura política en la izquierda chilena, 1975-1987”, *Izquierdas*, N° 3, 2009.

²⁶ El número 7 de la revista incluía dos artículos de Portantiero y Aricó que combinaban un emocionado recuerdo de la figura del “Che” y un duro juicio sobre un legado en el que destacaban “su sed de absoluto”. Aún más dura era la evaluación trazada en un artículo publicado en el número siguiente de *LCF* en el que Sergio Bufano recordaba su lectura del famoso párrafo en el que Guevara, luego de lanzar la consigna de crear muchos Vietnam, daba bienvenida a la muerte si esta hacía que otros tomaran su lugar en la batalla. Bufano subrayaba, quizás asignando demasiada responsabilidad al Che, que los jóvenes que habían escuchado el llamado de esa figura legendaria ya no podían convertirse en sencillos ciudadanos sino que se veían convocados a sumarse a su lucha por la segunda independencia. Lamentaba que, después de la muerte de Guevara, los “Ches” se hubieran multiplicado para morir, muchos de ellos en combate o en oscuras salas de tortura. La muerte había sido, tal y como proclamaba Guevara, “la novia de todos”. Sobre las intervenciones en ocasión del 20º aniversario del “Che”, véase Martínez Mazzola, Ricardo, “Una revista para la “izquierda democrática”. *La Ciudad Futura* (1986-1989)”, en Leticia Prislei (dir.), *Polémicas intelectuales, debates políticos. Revistas culturales en el siglo XX*, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 399-436.

²⁷ Schmucler, Héctor, “Miedo y confusión”, *LCF*, N° 10, abril de 1988, 12-13.

probaba con una serie de citas de la organización Montoneros, a la que él y su hijo habían pertenecido. La última, de Mario Firmenich, rezaba: “Nosotros hacemos de la organización un arma [...] y, por lo tanto, sacrificamos la organización en el combate a cambio del prestigio político, tenemos cinco mil cuadros menos, pero ¿cuántas masas más? Este es el detalle.”²⁸ A Schmucler no le interesaba evaluar si la apreciación era correcta en lo referente a la influencia de masas de Montoneros, sino subrayar lo estremecedor de un juicio que consideraba a los 5000 muertos como un simple instrumento.²⁹ La instrumentalidad, subrayaba, se fundaba en la certeza de un futuro que justificaba los sacrificios actuales. El planteo, explicaba, se emparentaba con las utopías modernas, el capitalismo y el socialismo, que imaginando construir la totalidad habían hundido sus raíces en el nihilismo.

La toma de distancia respecto a la práctica de las organizaciones armadas alcanzará su paroxismo a comienzos de 1989, momento en que la apuesta por la violencia revolucionaria hizo una breve aparición en la escena política argentina. El 23 de enero de 1989, un grupo de militantes del Movimiento Todos por la Patria (MTP), tomó el cuartel del Regimiento III del Ejército Argentino, situado en la localidad de Tablada, muy cercana a la Ciudad de Buenos Aires.

El copiamiento mereció la condena de buena parte de la dirigencia política argentina, condena que también se expresó en las páginas de *La Ciudad Futura*. El número 15, publicado en el mes de marzo, incluía varias intervenciones, todas ellas muy críticas, sobre la toma. Luego de denunciar que el “ataque terrorista” alimentaba la prédica antidemocrática y la caza de brujas, Portantiero subrayó que el hecho no debía rechazarse solo por sus consecuencias políticas sino que era necesario condenar todo uso de la violencia para dirimir conflictos políticos, especialmente en

²⁸ *Ídem*.

²⁹ El artículo de Schmucler presentaba un claro contraste con otro publicado en el mismo número 10 de *LCF*, en el que el antropólogo peruano Manuel Jesús Granados analizaba la ideología, el modelo organizativo, la ritualidad y la base social de “Sendero Luminoso”. Negando la posible eficacia de las prácticas contrainsurgentes aplicadas contra ese movimiento considerando, el investigador evaluaba que, más allá de la pérdida de militantes, las mismas no hacían más que aumentar el apoyo social al grupo guerrillero. Y lo resumía con una “frase popular”: “el PCP SL metió aguja (300) militantes, y ha sacado barreta (serán incontables, a no dudarlo)” (Granados, Manuel Jesús, “El PCP Sendero Luminoso: aproximaciones a su ideología”, *LCF*, N° 10, abril de 1988, 31). Si la frase que rescataba Granados tenía una resonancia muy cercana a las palabras de Firmenich que citara Schmucler - “¿Tenemos cinco mil cuadros menos, pero ¿cuántas masas más? Este es el detalle”-; el registro de los artículos era muy contrastante. Mientras Granados mantenía un tono aséptico que le permitía valorar positivamente la “ganancia” política del intercambio propuesto; Schmucler, padre de un militante montonero desaparecido y él mismo ex-militante de la organización, apelaba a la cita para rechazar la “racionalidad instrumental” con que las organizaciones revolucionarias habían dispuesto de la vida de sus miembros.

democracia.³⁰ La voz colectiva de la revista, expresada a través de un editorial, profundizaba en el análisis. Además de declarar la “condena total y sin reservas” al ataque al cuartel, trazaba una frontera, de un lado estaban quienes defendían la democracia, los derechos humanos y la no violencia, del otro quienes cuestionaban esos principios. La frontera, que cruzaba todos los alineamientos partidarios y tradiciones ideológicas, también dividía a la izquierda separando a la democrática de quienes llevaban acciones terroristas, pero también de quienes las “alimentaban.”³¹ El argumento no se dirigía solo a un MTP ya diezmado sino también a otros grupos que mantenían una hipótesis revolucionaria que impedía valorar la democracia.

II-3 La invención de una tradición. Entre Juan B. Justo y la Unidad Socialista

Un año después de salir a la calle, *La Ciudad Futura* publicó un breve texto a modo de balance. El mismo señalaba que las vicisitudes experimentadas en ese lapso confirmaban que “la estabilidad democrática y la justicia social requieren de la presencia de una fuerza socialista moderna”. Era por ello, se subrayaba a continuación, que la revista proponía entablar un “debate sobre la izquierda” orientado a crear el clima adecuado para gestar esa “fuerza socialista”.³²

El anterior comentario permite señalar un sutil cambio en la prédica de *La Ciudad Futura*. Si bien desde el comienzo la revista había subrayado su definición “socialista”, hasta el momento no había hecho énfasis en la necesidad de construir una “fuerza socialista”. Ello comenzaría a cambiar en 1987 cuando -luego del alzamiento militar de Semana Santa, y en paralelo con cierto debilitamiento de las ilusiones depositadas en el gobierno de Alfonsín,³³- se empezó a producir tanto una rescate de la tradición del viejo Partido Socialista, como un acercamiento entre algunos de los intelectuales del Club Socialista y dirigentes políticos de los partidos de la Unidad Socialista.

En realidad, el proceso de rescate de la tradición socialista se había iniciado tiempo antes,³⁴ pero había sido puesto entre paréntesis por la apuesta en la canalización de las energías reformistas en el

³⁰ Portantiero, Juan Carlos, “La distancia entre la política y el terror”, *LCF*, N° 15, febrero-marzo de 1989, 6.

³¹ *La Ciudad Futura*, “Esta pelea también es la nuestra”, *LCF*, N° 15, febrero-marzo de 1989, 3-4.

³² *La Ciudad Futura*, “A un año del comienzo”, *LCF*, N° 7, octubre de 1987, 2.

³³ Ese debilitamiento no implicaba necesariamente la ruptura del vínculo con el líder radical, vínculo que, al menos en el caso de Portantiero y Emilio De Ípola, se mantendría aún después de 1989. Sin embargo, si se seguía defendiendo a un gobierno acosado, ya no se pensaba que él consumaba y superaba las tradiciones políticas argentinas que lo precedían.

³⁴ En marzo de 1982, cuando todavía se hallaba en el exilio mexicano, Portantiero había publicado un artículo en la revista *Punto de Vista* en el que, luego de presentar a la Argentina del ‘900 como una sociedad con un

alfonsinismo. A poco de la crisis de Semana Santa *La Ciudad Futura* acentuaría su interés por la izquierda argentina y sus tradiciones. Así lo hacía ver el número 6 de la revista que al tiempo que convocaba al “debate sobre la izquierda”- abriendo con ese título una sección fija que se mantendría a lo largo de muchos números-, publicaba un suplemento sobre “Gramsci en América Latina” en el que Portantiero destacaba los momentos históricos puntuales en los que los socialistas latinoamericanos habían avanzado en la elaboración de un proyecto hegemónico. Entre esos momentos, junto a la tradición obrerista del comunismo chileno inaugurada por Recabarren y la obra teórica de Mariátegui, Portantiero ubicaba al “de Juan B. Justo y la tradición del Partido Socialista en la Argentina, hasta comienzos de la década del cuarenta”.³⁵ La propuesta de Justo, consideraba, habría planteado “el nivel más profundo de articulación entre la Segunda Internacional y un país de América Latina”. Sin embargo, reconocía Portantiero, su esfuerzo había sido vencido por la convocatoria de los populismos, y para dar cuenta de los motivos de esa derrota Portantiero volvía sobre los argumentos planteados en el artículo de *Punto de Vista*: Justo se habría enfrentado con el obstáculo que fijaba la “construcción desde arriba” de la sociedad, característica propia de la Argentina y el resto de los países latinoamericanos. Para desarrollar un verdadero espíritu antiestatalista, necesario para avanzar en la imposición de reformas “desde abajo”, Justo había apelado a una tarea pedagógica orientada a desbaratar el “mito popular” que veía al Estado como constituyente y que se expresaba en la tradición del caudillismo. Portantiero explicaba que “el mundo presuntamente contrahegemónico del justismo era un mundo de cooperativas, de bibliotecas [...] que debían contener en sí todas las posibilidades liberadoras de una sociedad laica frente al Estado”³⁶ y, aunque juzgaba que en ese campo la obra había sido formidable, evaluaba que ese modo de pensar la relación entre política y masas no había permitido organizar una verdadera voluntad nacional-popular. Trabado como estaba en una “concepción iluminista del socialismo”, Justo no había podido construir un lenguaje capaz de asimilar a las masas subalternas argentinas

fuerte componente inmigratorio en la que los extranjeros –lo que en buena parte equivalía a decir los obreros– estaban excluidos de la vida política, argumentaba que era ese duro contexto el que había llevado a los socialistas argentinos a concentrar sus propuestas en la edificación de un sistema político que expresara a las nuevas fuerzas sociales, incorporando al inmigrante a la práctica ciudadana. Para ello, explicaba, habían establecido extensas redes de socialización orientadas a los trabajadores, que incluían partido, sindicatos, bibliotecas y cooperativas. Portantiero rescataba la “notable (...) capacidad organizativa de los socialistas por penetrar en la cultura popular”, pero lamentaba que estas iniciativas se hubieran visto limitadas por una concepción pedagógica de la política que, al despreciar “los resortes emocionales, maniqueos, de la comunicación”, no pudo plantear más que un mensaje elitista. Portantiero, Juan Carlos, “Nación y democracia en la Argentina del novecientos”, *Punto de Vista*, Nº 14, marzo de 1982, 3-6.

³⁵ Portantiero, Juan Carlos, “Gramsci en clave latinoamericana”, *LCF*, Nº 7, agosto de 1987, 12-13.

³⁶ *Ibid*, 13.

que estaban inmersas en un complejo “proceso de estratificación social y cultural” ligado a un acelerado crecimiento económico y a “la inestabilidad de los valores culturales provocada por la difusión de patrones europeos sobre un terreno recién y sólo parcialmente despegado del siglo XIX hispano criollo”.³⁷ Vemos que si bien Portantiero rescataba elementos de la apuesta de Justo, no dejaba de subrayar sus limitaciones. Una operación similar, aunque de mayor aliento y erudición, sería la que plantearía Aricó con su libro “la hipótesis de Justo”,³⁸ el que, aunque sólo sería editado en forma completa en 1999, iría viendo la luz en formato de artículos publicados a lo largo de los años ‘80.

Si el rescate que Aricó y Portantiero hacían de la figura de Justo y la tradición del viejo Partido Socialista no estaba exento de críticas, tampoco lo estaba su mirada respecto del proceso de reunificación iniciado por el Partido Socialista Popular y el Partido Socialista Democrático – dos fuerzas que, a pesar de tener orígenes muy distintos,³⁹ habían confluído en la Unidad Socialista y proponían la refundación de un Partido Socialista unificado- era aún menos positiva. Un ejemplo lo encontramos en las críticas que Aricó hacía al documento “Democracia y Socialismo” aprobado por el Partido Socialista Popular a comienzos de 1987. Aricó comenzaba señalando que la crisis del discurso nacional, popular, antiimperialista y revolucionario, el que por décadas había ocluido las apelaciones de la izquierda, abría una oportunidad para la refundación del socialismo. Sin embargo, advertía, para que esta recreación fuera exitosa, el socialismo debía mostrarse capaz de aglutinar

³⁷ *Ídem.*

³⁸ Aricó, José, *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*. Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

³⁹ El PSD surgió de la división del PS en 1958. De él tomaban parte los sectores más conservadores, antiperonistas y anticomunistas del viejo partido, encabezados por Américo Ghioldi. Luego de la muerte de éste a comienzos de los años '80, y en buena parte gracias al ingreso de un sector de militantes socialistas provenientes de la Confederación Socialista Argentina, entre los que se contaban Alfredo Bravo y Héctor Polino, el PSD había relegado sus rasgos más conservadores y antidemocráticos. El PSP, por su parte, había nacido de la fusión de un sector del Partido Socialista Argentino –el otro brazo nacido de la ruptura del PS en 1958- con grupos de militantes universitarios reunidos en el Movimiento Nacional Reformista. A lo largo de los años '80 el PSP iría abandonando los componentes más populistas y nacionalistas de su cultura política, a la vez que combinaba la vieja estructura celular por un modelo más tradicional de organización territorial. Sobre las rupturas del PS, véase Tortti, María Cristina, *El “viejo” partido socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda (1955-1965)*, Prometeo, Buenos Aires, 2009. sobre las transformaciones del PSD y PSP, véase Suárez, Fernando: «El socialismo y los desafíos de la democratización», en Alfredo Lazzarotti y Fernando Suárez (coords): *Socialismo y democracia*, Editorial de la Universidad Nacional de Mar Del Plata, Mar del Plata, 2015.

“en un gran archipiélago de organizaciones autónomas, a todas las fuerzas de cambio de la sociedad”.⁴⁰

III- LCF en los primeros 90

Al acercarse el final de la década del ‘80, las ilusiones que, como tantos otros, los participantes en *La Ciudad Futura* habían depositado, no solo en Alfonsín sino en toda la “transición democrática”, parecían enterradas. La crisis del gobierno radical, el retorno de la violencia política -primero por parte de los “carapintadas” y luego por parte del MTP-, la hiperinflación y el fuerte viraje que Carlos Menem impuso a la tradición peronista crearon desconcierto y desazón entre importantes núcleos de intelectuales. En ese clima de “fin de ciclo” *La Ciudad Futura* planteará una nueva agenda de cuestiones, la que se mantendrá hasta mediados de la década del ‘90.

Por un lado, se buscaba dar cuenta de las razones del fracaso de la experiencia alfonsinista, por la que habían apostado buena parte de los miembros de la revista. Por otro, la revista se embarcó, como tantos otros intelectuales, en el debate acerca del significado del menemismo, un fenómeno que representaba tanto un misterio a develar como un “otro” frente al que definir la propia identidad. En tercer lugar, y este fue sin duda el tema central en las páginas de *La Ciudad Futura* la revista profundizó el debate, presente desde sus primeros días, respecto a los rasgos y límites de la izquierda democrática y, asociada en esta discusión, los caminos para construir una fuerza política “progresista” capaz de enfrentar y derrotar al menemismo.

14

III. 1 - ¿Qué pasó?

A mediados de 1989, luego de los sucesos de La Tablada y del inicio de la hiperinflación, las ilusiones que los miembros de *La Ciudad Futura* habían depositado en la apuesta reformista de Alfonsín aparecían defraudadas. Se acercaba la hora del balance y de la búsqueda de explicaciones. A tal tarea estaría dedicado un suplemento incluido en el número 16 de la revista, el que incluía una sección titulada “Los bloqueos de la reforma”. El texto que la abría, escrito por Aricó, trazaba una evaluación fuertemente crítica de la actuación de radicales y justicialistas, a quienes consideraba

⁴⁰ Aricó, José, “Imaginar hoy el socialismo en la Argentina”, *LCF*, N° 8-9, diciembre de 1987, 10. La apuesta por la construcción de un espacio socialista amplió que fuera más allá de los partidos identificados con la tradición se colaba incluso en el homenaje que *LCF* brindó a Justo con motivo del sexagésimo aniversario de su fallecimiento. En la contratapa del número 10 de la revista un breve texto nacido de la pluma de Aricó destacaba al socialista como un político que bregó por superar el interés mezquino de facción, como un intelectual que buscó dejar atrás “la mentalidad de tribu que caracterizaba a la función política argentina”. Aricó, José. “Juan B. Justo: un ejemplo de integridad moral”, *LCF*, N° 10, abril de 1988, 32.

principales responsables del agotamiento del impulso transformador.⁴¹ El cordobés afirmaba que no podía esperarse que la renovación de la sociedad argentina surgiera de estas fuerzas, que coparticipaban de un sistema estancado, y que, por el contrario, era la sociedad la que debía ponerse en movimiento para provocar una renovación de la clase política. Para ello consideraba necesaria la creación de un espacio público en el que pudieran dilucidarse los obstáculos que un movimiento reformador debía enfrentar. Tal iluminación, subrayaba en implícita polémica con algunos de sus compañeros de revista, implicaba desnudar los límites del reformismo alfonsinista.

Mientras la intervención de Aricó se centraba en la responsabilidad de radicales y peronistas, Portantiero volvía a trazar una evaluación, también negativa, de las posiciones de la izquierda política en la transición democrática.⁴² Explicaba que las formaciones de izquierda, sin saber encontrar su lugar en el sistema político en formación, habían continuado con las posiciones del pasado. La izquierda había seguido dividida entre el vector “nacional popular”, adoptado en clave “entrista”, y el “alternativista”, planteado en clave vanguardista. Uno y otro, subrayaba, compartían la minusvaloración de una democracia política a la que consideraban puramente formal. Citando como prueba la vacilación que habían mostrado las fuerzas progresistas ante el “asalto al cuartel de la Tablada”, Portantiero manifestaba la esperanza de que, ante la reaparición del espectro guerrillero, se produjera una división ideológica que trazara una frontera entre las fuerzas de izquierda que valoraban la democracia política y aquellas que mantenían el “jacobinismo de las vanguardias armadas que actuaban en nombre del pueblo”.⁴³

El balance negativo sobre los resultados de la apuesta reformista emprendida en 1983 se acentuaría a partir del triunfo de Menem en los comicios presidenciales de mayo de 1989 y, sobre todo, a partir de las políticas que implementó a partir de su llegada al gobierno en julio de ese año. Dejando ver su desconcierto ante “la coalición entre peronismo y neoconservadurismo” *La Ciudad Futura* abrió su número 17-18 con un editorial que llevaba el expresivo título “¿Y ahora qué?”.⁴⁴ En él se explicaba que el drama vivido desde 1983 se ligaba con un régimen que había buscado el paso del autoritarismo a la democracia pero que no había acertado en la superación de una fase histórica del

⁴¹ Aricó, José, “Los bloqueos de la reforma”, *La Ciudad Futura* N° 16, abril-mayo de 1989, 9.

⁴² Portantiero, Juan Carlos, “La transición democrática y la izquierda política”, *LCF*, N° 16, abril-mayo de 1989, 9-10.

⁴³ *Ibid.*, 10.

⁴⁴ *La Ciudad Futura* “¿Y ahora qué?”, *LCF*, N° 17-18, julio-septiembre de 1989, 3-4.

capitalismo argentino.⁴⁵ Los editores reconocían que, quizás por la ansiedad de reconstruir un régimen democrático luego de décadas de autoritarismo, ellos mismos habían recaído en una exageración “politicista” que desdeñaba los hechos sociales estructurales. Atendiendo a estos hechos, argumentaban que en los meses anteriores se había producido un golpe de Estado, un “golpe seco” a partir del cual los grupos económicos se habían mostrado capaces de jaquear al poder político, no solo al de Alfonsín sino al del propio Menem. Los grupos económicos, subrayaban, ya habían anunciado cuál era su propuesta de sociedad: un capitalismo salvaje, un país exportador, con bajas tasas de inflación pero con alta desocupación y bajos salarios.

III. 2- El enigma menemista

Durante los años 90, el “menemismo” representó para *La Ciudad Futura* tanto un misterio a develar como un “otro” frente al que definir la propia identidad. Fue así que a fines de 1989 se sucedieron los artículos en los que se abordaba su política de privatizaciones, se denunciaban, los “indultos” como parte de una “vuelta al pasado” autoritario y se cuestionaba una estética que se asociaba a la frivolidad y la farándula. A mediados de 1990, y luego de la realización de una “Plaza del sí” convocada por Bernardo Neustadt en apoyo al gobierno, Javier Franzé destacaba que la convocatoria había buscado construir un “efecto de neutralidad” más allá de la política, lo que se asociaba a un discurso que proponía a la transformación en curso como “la única posible”.⁴⁶ En el mismo número Fabián Bosoer, analizando discursos de Jorge Castro y Gustavo Béliz, asociaba el menemismo con una “revolución conservadora y popular” que proponía la “ruptura de la articulación entre liberalismo y democracia y (la) adopción de un modelo capitalista, atado a un proyecto conservador hegemónico”.⁴⁷

A comienzos de 1991 el gobierno lanzó una nueva iniciativa orientada a combatir la amenaza hiperinflacionaria: la ley de convertibilidad. Buena parte del N° 28 de *La Ciudad Futura*, publicado poco después de aprobada la nueva legislación, estuvo dedicado al análisis de sus principales lineamientos y consecuencias. Tres economistas jóvenes- Juan Pablo Dicovsky, Nicolás Dujovne y

⁴⁵ Hacia fines de los años ‘80, los directores de *La Ciudad Futura* daban especial importancia a la caracterización de un modelo de acumulación –el nacido en los años ‘30 y caracterizado por la sustitución de importaciones y la centralidad del actor estatal –que, sostenían, había entrado en crisis terminal. Una izquierda moderna, afirmaban, debía hacerse cargo de esa crisis, planteando alternativas que dejaran atrás el viejo estatismo pero sin recaer en el endiosamiento del mercado que pregonaba el neoliberalismo triunfante. Al respecto véase Martínez Mazzola, Ricardo “Intelectuales en búsqueda...” *op. cit.*

⁴⁶ Franzé, Javier, “Plaza seca”, *LCF*, N° 22, abril-mayo 1990, 3.

⁴⁷ Bosoer, Fabián, “Un año de revolución conservadora”, *LCF*, N° 22, abril-mayo 1990, 6.

Nicolás Gadano- entrevistaron a tres figuras más reconocidas -Claudio Lozano, Héctor Gambarotta y Adolfo Canitrot- quienes presentaron interpretaciones muy distintas respecto al “Plan de Convertibilidad”.⁴⁸ Si la de Lozano, economista ligado a la Asociación de Trabajadores del Estado era lapidaria, asociando el “plan” con la necesidad de profundizar el “ajuste” para continuar con el pago del servicio de deuda, las de Gambarotta y Canitrot eran más matizadas y asociaban la rigidez de las medidas a las constricciones que imponía una larga historia de inflación.⁴⁹

En el número siguiente de *La Ciudad Futura* Néstor Lietti y Andrés Vasiliadis retomarían el análisis del plan de convertibilidad señalando que se trataba de un plan de ajuste que, más allá de diferenciarse de los anteriores por el gesto heterodoxo de fijar el dólar, compartía con ellos el colocar “como base de apoyo de la política económica la concertación en el marco corporativo y de los grupos de poder, postergando el acuerdo con el ámbito de lo político”.⁵⁰ Los autores señalaban que la colocación del voto popular como legitimante de una alianza corporativa representaba un punto de continuidad con la tradición peronista, considerando que la propia amplitud ideológica del peronismo había sido el sustento que había permitido tanto la organización de la coalición que impulsó la ampliación del mercado interno en los '40s, como la creación de aquellas que llevaron adelante los ajustes de 1952- 1955 y el “Rodrigazo”. Lietti y Vasiliadis señalaban otro rasgo compartido por el menemismo y el viejo peronismo, su “populismo” entendiendo como tal a “la utilización de recursos extraordinarios para financiar el desarrollo de la vida cotidiana, desentendiéndose de los problemas que esto genere en el futuro”.⁵¹ Tal estrategia, señalaban, marcaba “una continuidad entre el distribucionismo peronista de la primera época - financiado a partir de, entre otras fuentes, la postergación de los gastos de inversión, el comienzo de la decadencia en los servicios públicos,... - y la mera subsistencia actual en la que los gastos

⁴⁸ Lozano, Claudio, “El plan Cavallo constituye la sanción parlamentaria del ajuste”, *LCF*, N° 28, abril-mayo de 1991, 12-13.

⁴⁹ No por ello sus evaluaciones eran coincidentes. Gambarotta, que había participado de los primeros gabinetes económicos del menemismo, destaca la “reconstrucción de las relaciones económicas básicas en una economía capitalista” y, en consonancia con la retórica menemista, celebra que la Argentina haya comenzado a andar. Canitrot, asociado al radicalismo, es más escéptico, evalúa la rigidez del plan como consecuencia de la debilidad del gobierno, y señala la posibilidad de que “como el equilibrio no llega (el gobierno) va tomando crédito a corto plazo para financiar al estado con tipo de cambio atrasado y una mañana se despierte con que el dólar inició una estampida terrible.” Gambarotta, Héctor “El objetivo del programa”, *LCF*, N° 28, abril-mayo de 1991, 14; Canitrot, Adolfo, “El precio de la rigidez”, *LCF*, N° 28, abril-mayo de 1991, 15.

⁵⁰ Lietti, Néstor y Andrés Vasiliadis, “Peronismo, Liberalismo y Política Económica en el gobierno de Menem”, *LCF*, N° 29, junio-septiembre 1991, 10.

⁵¹ *Ibid.*, 11.

cotidianos son financiados mediante la utilización de recursos extraordinarios obtenidos a partir de la venta de activos públicos como sustituto de otras formas más incómodas y conflictivas como la recaudación de impuestos”.⁵²

Pero la cuestión de si entre peronismo y menemismo había continuidad o ruptura se ponía en juego a un nivel más general, y no solo limitado a la política económica. Proponiendo una interpretación audaz, Franzé sostenía que para adoptar el giro conservador el menemismo no había debido romper con la cultura política peronista ya que existían importantes elementos conservadores en ella. Partiendo de los trabajos de Silvia Sigal y Eliseo Verón, quienes señalaban al “vaciamiento del campo político” como una característica del discurso de Perón, Franzé afirmaba que “en la óptica peronista clásica, la política no tiene lugar, ni peso propio ni razón de ser”.⁵³ Luego de enumerar una serie de rasgos del discurso menemista, destacaba dos que retomarían “elementos centrales de su precedente cultural peronista: la distinción entre el registro de lo patriótico y el registro de lo político, y, análogamente, la distinción entre el registro de la verdad y el de la ideología.”⁵⁴ Ya sea por descalificarlos como portadores de “ideologías contrarias al ser nacional” o por postular el final de las ideologías, ni el peronismo clásico ni el menemismo reconocían adversarios políticos legítimos. Para ellos, explicaba, no existían “otros” legítimos, no había campo político.⁵⁵ Entrando en un terreno menos firme, Franzé asociaba al discurso conservador, al peronista clásico y al menemista con concepciones premodernas del orden social, las que no consideraban que el sentido del orden fuera resultado de una construcción y una disputa, sino algo que venía dado. Al ser el orden algo dado, sagrado, los sujetos solo pueden ser feligreses o herejes y no pares o adversarios. Tampoco existía, señalaba, lugar para la lucha de clases, algo claro en el conservadurismo y en el menemismo pero que también se verificaría en un peronismo histórico, el que había producido “una incorporación controlada desde arriba”. La conclusión era previsible, “lejos de negarse a sí mismo, para adoptar el programa conservador el peronismo solo ha debido cambiar dentro de una permanencia: la que indica su pertenencia a la familia de las culturas políticas premodernas”.⁵⁶

Las afirmaciones de Franzé fueron respondidas por Alejandro Cattaruzza subrayando que los señalados rasgos “unanimistas” no se encontraban solo en el peronismo y que, lejos de ser un rasgo

⁵² *Ídem.*

⁵³ Franzé, Javier, “¿Cisma o permanencia?”, *LCF*, N° 28, abril-mayo de 1991, 4.

⁵⁴ *Ídem.*

⁵⁵ *Ibid.*, 5.

⁵⁶ *Ídem.*

premoderno, la identificación del propio partido con la nación constituiría un rasgo moderno asociado al jacobinismo. Sostenía que donde claramente podía señalarse una ruptura entre peronismo y menemismo era en “uno de los elementos fundacionales de la cultura política peronista, lo que solía llamarse “justicia social”, no parece reconocerse en este modelo, que fuerza la desigualdad y concentra la riqueza y el poder económico”.⁵⁷ Cattaruzza explicaba que este señalamiento no pretendía abonar al tópico de la “traición” a un “verdadero peronismo”, por el contrario afirmaba que el peronismo nada puede aportar a la anhelada transformación de la sociedad, a la vez que convocaba a un diálogo entre distintas tradiciones intelectuales al que los peronistas se aproximarían “desde una larga, y torpe, búsqueda de la igualdad”.⁵⁸

La renovación legislativa de 1991 dio un claro triunfo a Menem. Hacia fines de ese año *La Ciudad Futura* se abrió con un Editorial que reconocía que Menem parecía vivir “su instante más pleno de legitimidad” y auguraba que el ajuste se profundizaría. Con ello, se auguraba retomando la cuestión de la continuidad entre peronismo y menemismo, “el país peronista” sería destruido “por su peor cuña: el propio peronismo”. Señalaban que el menemismo afirmaba que si la Argentina se liberaba de las ataduras con que lo había aprisionado el peronismo “si desmantelamos el estado, abolimos la legislación social, nos transformamos en aliado incondicional de los Estados Unidos, desprotegemos a la industria... es decir, si borramos el recuerdo económico-social del peronismo, estaremos en condiciones de ingresar al club de los privilegiados del mundo”.⁵⁹ *La Ciudad Futura* subrayaba que para lograr esos objetivos el menemismo utilizaba los mecanismos político-institucionales del viejo peronismo: concentración autoritaria del poder, desdén por el parlamento, avasallamiento de la justicia. La combinación de nuevos contenidos con viejos métodos, la nueva economía con la vieja política, creaba una combinación arrolladora.

El editorial decía no llorar por las cenizas de un modelo que nunca los satisfizo totalmente sino preocuparse por lo que lo sucedería. El viejo “empate hegemónico”, explicaba, parecía haberse quebrado, un nuevo bloque de poder se estaba formando y frente a él las resistencias se mostraban débiles. El sindicalismo se mostraba inactivo como “un alma en pena”, el radicalismo oscilaba “entre un rechazo genérico, sin alternativas puntuales, y una actitud mimética con el oficialismo”, los peronistas clásicos como Cafiero, y la izquierda convencional, afectada por la caída del muro de

⁵⁷ Cattaruzza, Alejandro, “Menemismo y neoconservadorismo”, *LCF*, N° 29, junio-septiembre 1991, 6.

⁵⁸ *Ídem*.

⁵⁹ *La Ciudad Futura*, “Mirando hacia adelante”, *LCF*, N° 30-31, diciembre 1991-febrero 1992, 3.

Berlín y la crisis del marxismo, aparecían desconcertados ante la ofensiva neoconservadora. El editorial buscaba, de todos modos, no cerrar la puerta a la esperanza y señalaba que la “oposición social” existía y tenía muchos focos, siendo la gran tarea la de articularlos en torno a un proyecto que opusiera una mirada al futuro que se contrapusiera con la delineada por la modernización conservadora.⁶⁰

En los años siguientes *La Ciudad Futura* no dejaría de ocuparse de los rasgos del menemismo, del marco estrecho que proponía para pensar al vínculo entre Mercado, Estado y Sociedad⁶¹, y de advertir sobre los nubarrones que se cernían sobre el destino del Plan de Convertibilidad⁶². Sin embargo, las líneas principales del análisis ya estaban colocadas y cada vez más la atención se centraría en la construcción de una oposición política capaz de articular la señalada “oposición social” al modelo.

III-3 La construcción de una alternativa progresista

El esfuerzo por construir un espacio y una identidad progresista, presente desde los inicios de *La Ciudad Futura*, va ganando en centralidad al irse consolidando la hegemonía menemista. Como ha señalado Jimena Montaña, la tarea implicaba avanzar en tres niveles: “reconstituir un partido socialista unificado; la formación de una coalición con fuerzas democráticas de “izquierda” y finalmente, una apertura mayor hacia sectores del “centro” del espectro político ubicados en los grandes partidos tradicionales”.⁶³ Pero la prioridad dada a los tres niveles no fue en todo momento, ni para todos los integrantes de la revista, la misma. Mientras la apuesta por la reconstrucción del socialismo argentino y el rescate de su tradición puede rastrearse hasta los días finales del gobierno de Alfonsín, la apuesta por la construcción de un polo más amplio de centroizquierda recibe su impulso de la postura de oposición que, frente al gobierno de Menem, adoptan sectores cercanos al peronismo. Finalmente, la apuesta por una amplia coalición antimnemista, cobra relevancia

⁶⁰ *Ídem*.

⁶¹ *La Ciudad Futura*, “El modelo argentino”, *LCF* N° 32, Abril 1992, 3; Portantiero, Juan Carlos, “La hora de la sociedad”, *LCF*, N° 32, Abril 1992, 3.

⁶² Vicens, Mario, “Entrevista con Pablo Gerchunoff ‘Plan Cavallo: cuadro de situación’”, *LCF*, N° 34, octubre 1992, 4-5.

⁶³ Montaña, Jimena, “¿Entre el realismo y el desencanto? *La Ciudad Futura* y la ‘construcción del centro’”, consultado el 24-9-2021 en

http://infohumanidades.com/sites/default/files/apuntes/107_MONTA%C3%91A%20La-Ciudad-Futura-y-la-construcci%C3%B3n-del-centro.pdf

cuando, al acercarse los comicios presidenciales de 1995, parece posible alcanzar un acuerdo “transversal” con sectores del radicalismo y del peronismo.

III.3.a *La Ciudad Futura* y la construcción de una fuerza socialista

A lo largo de 1989 la mayoría de las intervenciones en *La Ciudad Futura* se centraron en el tiempo electoral, en la reaparición de la violencia de “izquierda” en La Tablada y en la crisis económica y social. Sin embargo, ya a comienzos de 1990 la pregunta por el lugar de la izquierda volvió a ocupar el lugar central en las páginas de la revista. Ello se explica no solo por el interés que siempre había mostrado *La Ciudad Futura* sino por nuevas razones, propias y ajenas. Entre las ajenas, señaladas por Javier Franzé, se hallaba la política impulsada por el menemismo que, al dismantelar la “comunidad organizada”, abría a la izquierda la posibilidad de abandonar el mimetismo con el nacional populismo y, lo más significativo, de reconstruir el vínculo con los sectores populares. Entre las razones propias, Aricó subrayaba ciertos signos que mostraban que el socialismo argentino buscaba “abandonar la vida letárgica” para ocupar un lugar mayor en el escenario argentino. El primero de esos signos, destacaba, era el triunfo de la Unidad Socialista en Rosario, la segunda ciudad del país y un bastión del peronismo, lo que demostraba que “el vacío creado por la crisis del radicalismo y del peronismo puede ser cubierto por fuerzas democráticas y avanzadas y no necesariamente por los neopopulismos autoritarios de los Bussi o los Ruíz Palacios”.⁶⁴ Pero la celebración del triunfo rosarino no cerraba la vieja cuestión del lugar que un nuevo Partido Socialista daría a quienes no participaban de las estructuras políticas que formaban la Unidad Socialista. Al respecto Aricó reclamaba que los debates acerca de una eventual unificación no fueran tratados “como un asunto *interno* de las organizaciones que conforman la Unidad Socialista, sino como un hecho particular que interesa a *todos* los socialistas, y en particular a los que con *La Ciudad Futura* contribuimos al logro de este mismo propósito”.⁶⁵ Para concluir, Aricó planteaba dos problemas. Uno de ellos remitía a la compatibilidad entre las tradiciones políticas encarnadas en el Partido Socialista Popular y el Partido Socialista Democrático,⁶⁶ el otro al modo de atraer a los

⁶⁴ Aricó, José, “¿Unidad Socialista o unidad de los socialistas?”, *LCF*, N° 20, diciembre de 1989- enero de 1990, 7.

⁶⁵ *Ídem*.

⁶⁶ Aricó reconocía que ambos compartían temas generales, pero se diferenciaban en el modo de apreciar la crisis argentina y sus modos de resolución. “Si unos creen remontarla al modelo de crecimiento que se conformó a fines del siglo pasado, los otros la definen como la desintegración de un modo de vinculación entre capitalismo y estado y capitalismo y masas que, iniciado en la década del ’30, encontró en el peronismo una forma política hegemónica que ya no puede funcionar. Si el discurso de unos no oculta su tinte

miles de socialistas dispersos. Al respecto le parecía insuficiente el llamado genérico a sumarse a las fuerzas existentes considerando que era necesario formar sus propios organismos –clubes, ateneos, periódicos – de modo de ser capaces de tomar en sus manos “la gran tarea de organizar un partido socialista nuevo”.⁶⁷

El rescate de la tradición socialista argentina y en particular de Juan B. Justo se hacía más explícito en la reseña que Aricó dedicaba al libro que Marta Bonaudo escribiera sobre Lisandro de la Torre. Destacaba que, la autora presentaba al rosarino como un dirigente de colorido “casi radical-socialista” lo que llevaba a la pregunta por las razones de que el encuentro entre socialistas y demócratas progresistas no se hubiera producido antes de los '30. Aricó reconocía que en parte ello se debía al esquematismo de Justo, denunciado por de la Torre, pero asignaba un rol mayor a la reivindicación de la soledad del santafesino, a quien le faltó también lo que sí tuvo Justo: “la conciencia de la necesidad de organizar a las masas obreras y la tenacidad para realizarlo”.⁶⁸ Como en otras ocasiones la intervención de Aricó miraba al presente: el rescate de la voluntad de construcción de Justo y la condena al solipsismo de de la Torre no planteaban un mero juicio histórico sino una crítica a los dirigentes políticos de su presente. Así lo hacían ver sus palabras finales: “Su tragedia (la de de la Torre), por más personal que ésta fuera, no deja de proyectar una curiosa luz sobre la evolución política de nuestra nación y sobre las limitaciones de sus hombres más avanzados. Buenos en ideas y en intenciones pero incapaces de llevarlas a cabo. Como si entre nosotros solo hubiera lugar para los demagogos e inescrupulosos. Y así nos va...”⁶⁹

nacionalista y hasta a veces patriotero, el de los otros no parece haberse desprendido íntegramente de una tradición clasista y anacrónica.” *Ibid.*, 8.

⁶⁷ Aún más radical era el llamado a la renovación socialista que lanzaba Beatriz Sarlo en el número 21 de *La Ciudad Futura*. Allí argumentaba que el menemismo, al desarmar las viejas certezas nacional-populistas y levantar las banderas del individualismo liberal, había abierto la posibilidad de un discurso socialista que superara las “formas primitivas del antiestatalismo” prevaleciente. Pero para ello, advertía, se debe aceptar “que no existe una tradición socialista viva en la Argentina” y que recomponer una tradición socialista implicaba reconocer que “los temas del nacional populismo y de la revolución habían ocupado, hasta hacerlo desaparecer casi por completo, el espacio potencial del socialismo”. El ideal socialista debía ser restaurado y renovado de modo que el socialismo fuera como era en sus comienzos “el partido de lo nuevo”. Es a partir de considerar que lo recuperable de la tradición socialista es la relación con lo nuevo y no una sustancia, que Sarlo postulaba que la refundación del socialismo supondría “nuevos modos de organizar la experiencia y la práctica, ...una reforma de las identidades políticas, ...una nueva cultura”. Sarlo, Beatriz, “Un desafío socialista”, *LCF*, N° 21, febrero-marzo de 1990, 7.

⁶⁸ Aricó, José, “Límites de la inteligencia”, *LCF*, N° 27, febrero-marzo de 1991, 28.

⁶⁹ *Ídem.*

José Aricó falleció en agosto de 1991. El número 29 de *La Ciudad Futura* incluyó la reproducción de un texto que había publicado en *La Vanguardia* con motivo del 95° aniversario del PS. Las consideraciones de Aricó no eran concesivas: en el casi centenario órgano de prensa socialista, planteaba que, aunque era necesario fundar un partido socialista, éste no podía surgir de la renovación y ampliación del anterior, sino que debía ser una creación *ex novo* que apelara a tradiciones y fuerzas políticas que trascendieran al campo estrecho en que el Partido Socialista había llevado adelante su labor. La tradición socialista se había consumado y no podía ser reconstituida en los viejos términos ya que, consideraba, el partido fundado por Justo “dejó de tener una funcionalidad hace muchos años y lo que resta de él es más una herencia del pasado que una fuerza con espíritu innovador y gravitación en la renovación de la cultura política nacional”.⁷⁰ Planteado esto Aricó se preguntaba “¿qué contribuciones puede dar el viejo Partido Socialista a la fundación de uno nuevo?”. Respondía “muchas”, y las enumeraba. Pero se preguntaba también en qué medida estaba dispuesto a realizar esas contribuciones; sus dudas hacían blanco en “la falta de una real y efectiva voluntad política” en su dirigencia, que no se decidía a abrir las filas socialistas a los jóvenes ni a incorporar a intelectuales de filiación socialista.⁷¹

La intervención de Aricó mostraba las difíciles relaciones establecidas entre los intelectuales del Club de Cultura Socialista y las organizaciones socialistas “realmente existentes”. Sin embargo, más allá de las críticas, la posición de *La Ciudad Futura* era de apoyo explícito a la Unidad Socialista, no sólo llamando a votar a sus candidatos sino también incorporando a Portantiero, Tula, Ricardo Nudelman y Jorge Kors a sus listas. En el número siguiente la revista –dirigida ahora por Portantiero y Tula– publicaba un suplemento de “Homenaje a Aricó” en el que la recuperación de la tradición socialista argentina, y en particular de la figura de Justo, ocupó un lugar central.

El suplemento se abría con un largo fragmento, hasta el momento inédito, de “La hipótesis de Justo”. En él Aricó recordaba que, frente a los que veían al socialismo como doctrina de importación, el movimiento socialista siempre se había afirmado en la hipótesis de la homogeneidad capitalista del mundo. Ello habría permitido a Justo postular cierta “ventaja del atraso” que haría posible que el socialismo argentino eligiera entre las formas adoptadas por movimientos socialistas más antiguos. En este punto, señalaba Aricó, Justo dejaba ver su coincidencia con la “ideología proyectiva” que, tal y como Halperin Donghi había señalado, caracterizaba las elites argentinas:

⁷⁰ Aricó, José, “Un debate amplio y desprejuiciado”, *LCF*, N° 29, junio-septiembre de 1991, 6.

⁷¹ *Ibid.*, 7.

esta postulaba que idea de que la sociedad era maleable a una intervención desde arriba. Pero Aricó recordaba que Justo se diferenciaba de la mayor parte de esas elites por basar la realización de sus proyectos en un sujeto social nuevo: los sectores populares. Explicaba que al colocar “las expectativas de regeneración” sobre el conjunto de las masas trabajadoras y ya no sobre los sectores propietarios, la propuesta de Justo marcaba el punto en que la tradición democrática argentina, se tornaba socialista. Para Justo, subrayaba Aricó, el socialismo era el elemento capaz de unificar a la fuerza de trabajo homogeneizada por el capitalismo, y como tal, emergente de un país económico moderno, y orientarla a la transformación de un país político decadente.⁷²

En el siguiente número de la revista, el 32º, la vinculación con los partidos que marchaban hacia la unificación del socialismo se acentuaba: Tula publicaba un artículo sobre “Los desafíos y posibilidades del socialismo democrático”, Héctor Polino analizaba la crisis de la cooperativa “El Hogar Obrero”, y también se presentaba un anticipo del libro que Javier Franzé dedicaba a analizar “El concepto de política en Juan B. Justo”. Pero el hecho más significativo estaba dado por la publicación de un “Debate sobre la unidad de los partidos socialistas”, en el que tomaban parte Alfredo Bravo y Norberto Laporta por el Partido Socialista Democrático, Guillermo Estévez Boero y Ernesto Jaimovich por el Partido Socialista Popular y Portantiero y Tula por *La Ciudad Futura*. Ya desde el modo de presentar a los participantes los miembros de la revista hacían visible que se consideraban como un tercer sector, el de los “socialistas sin partido”, que debía ser tomado en cuenta en el proceso de unificación. El implícito se hacía explícito en las palabras de Portantiero quien, aunque reconocía que las “locomotoras” de la reconstrucción del socialismo eran el Partido Socialista Democrático y el Partido Socialista Popular, subrayaba la necesidad de que el socialismo trascendiera la mera sumatoria entre partidos. La construcción de un gran partido socialista, concluía, no podía surgir de un acuerdo de dirección sino tener las características de una convocatoria amplia que trascendiera “la estrecha frontera de los partidos que lo conforman”.⁷³

En los números siguientes de *La Ciudad Futura*, la cuestión de la unidad de los partidos socialistas se iría desdibujando. Probablemente ello se debiera al sentimiento de postergación con que los miembros de la revista observaban un proceso cada vez más centrado en las estructuras partidarias del Partido Socialista Popular y Partido Socialista Democrático, pero también al interés con el que

⁷² Aricó, José, “La hipótesis de Justo”, *LCF*, N° 30-31, diciembre de 1991-febrero de 1992, 12-13.

⁷³ Estévez Boero, Guillermo; Ernesto Jaimovich, Alfredo Bravo, Norberto Laporta, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula, “Debate sobre la unidad de los partidos socialistas”, *LCF*, N° 32, abril de 1992, 4-7.

algunos de los integrantes de la revista seguían el surgimiento de otro polo “progresista” en torno del Frente Grande.

III.3.b La construcción de un espacio progresista

Como ya señalamos, durante los años '90, la apuesta por la difícil construcción de una fuerza política socialista, convivió en las páginas de *La Ciudad Futura* con la indagación acerca de las posibilidades de conformación en un espacio “progresista”, el que se integraría a partir de los aportes de distintas tradiciones políticas.

Mientras, como vimos, la apuesta por la reconstrucción del socialismo argentino y el rescate de su tradición puede rastrearse hasta los días finales del gobierno de Alfonsín, la apuesta por la construcción de un polo más amplio de centroizquierda recibe su impulso de la postura de oposición que, frente al gobierno de Menem, adoptaron sectores cercanos al peronismo. Particularmente importante en la construcción de ese espacio fue la figura de Carlos Auyero, un histórico referente de democracia cristiana que en los 80 había sido un claro sostenedor de la apuesta renovadora. A fines de 1989 *La Ciudad Futura* publicó una entrevista en la que este dirigente señalaba que el giro a la centroderecha que en los últimos tiempos habían dado tanto el peronismo como el radicalismo creaba el espacio para la construcción de una fuerza que represente a los sectores democráticos y progresistas.⁷⁴

Sin embargo, algunos miembros de *La Ciudad Futura* consideraban que la crisis del peronismo no creaba solo nuevas oportunidades para la izquierda sino también nuevos desafíos. Franzé reconocía que el giro del peronismo hacia posiciones conservadoras abría a la izquierda la oportunidad para recuperar el vínculo con los sectores subalternos pero para ello debía abandonar tanto la mimesis con el programa nacional-populista como la prédica en nombre de una moral social solo capaz de plantear vaguedades.⁷⁵ Sergio Bufano sostenía que los diputados peronistas que cuestionaban la “traición” de Menem, debían comprender que reproducían la misma confusión de quienes en los 60 y 70 habían afirmado que el peronismo “era progresista porque lo votaban los obreros”. Bufano no negaba la identificación del peronismo con el progresismo en nombre de la heterogeneidad de este

⁷⁴ *La Ciudad Futura*, “Queremos construir una nueva ideología de época. (Diálogo con Carlos Auyero)”, *LCF*, N° 19, octubre- noviembre de 1989, 13.

⁷⁵ Franzé, Javier, “Centroizquierda: ese ambiguo objeto de deseo”, *LCF*, N° 19, diciembre 1989-enero 1990, 7.

movimiento, sino que, yendo un paso más allá, lo asociaba sin más con la derecha y lamentaba “El daño que han causado los progresistas al tratar de cambiar la ideología derechista del peronismo ha sido inmenso, porque perpetuaron una confusión que afecta a una buena parte de la sociedad. Hasta el peronismo oficial, el que moviliza a las masas, el que controla el partido y los sindicatos... es de derecha. Siempre lo ha sido y el único momento en que el progresismo tuvo una posibilidad fue durante los efímeros 48 días de 1973 que Perón se apresuró a sepultar”.⁷⁶

La cuestión del vínculo entre progresismo y peronismo también ocupó un lugar central en el Suplemento N° 8 de *La Ciudad Futura*, titulado “Posibilidades y límites del Centroizquierda en Argentina” e incluido en el Número 22 de la revista publicado en mayo de 1990. El mismo se abría con un largo artículo en el que Emilio De Ípola analizaba la propuesta de construcción de un espacio de centroizquierda que Carlos Auyero había planteado en el libro “Desde la incertidumbre”.⁷⁷ Luego de reconstruir los avatares de dos apuestas relevantes de construcción de una fuerza de centroizquierda en la Argentina, la del Partido Socialista Argentino de fines de los 50 y la del Partido Intransigente de los 80, De Ípola argumentaba que las dificultades de las propuestas de una izquierda “protomoderna” que planteaba una concepción topográfica del poder, se habrían visto acentuadas por “las diferentes maneras de hacerse cargo de la tradición populista (de lo ‘nacional-popular’)”.⁷⁸ Sostenía que, aunque el rescate de símbolos populares por parte de la izquierda era legítimo y hasta natural, existían factores que complejizaban el problema: la convicción de que la tradición nacional popular se identificaba exclusivamente con el peronismo y el hecho de que dicha tradición es planteada como antagónica respecto de la tradición liberal. Era en base a estos señalamientos que De Ípola cuestionaba algunos rasgos de la propuesta de Auyero: en primer lugar el estatalismo, el antiliberalismo y la asociación de la democracia con determinados valores. Filiándose en una concepción lefortiana, que coloca a la indeterminación del sentido del orden como clave de la sociedad democrática, De Ípola lamentaba que, aunque Auyero reconociera que el pueblo no era “un todo orgánico”, sus planteos terminarían recayendo en una concepción sustancialista de la cultura y el imaginario popular. De Ípola consideraba que ese sustancialismo, declinado en clave optimista, llevaba al dirigente a subestimar las dificultades para la construcción de una alternativa de centroizquierda.⁷⁹

⁷⁶ Bufano, Sergio, “Peronismo: como dos gotas de agua”, *LCF*, N° 21, febrero-marzo 1990, 8.

⁷⁷ Auyero, Carlos, *Desde la incertidumbre. Un proyecto político pendiente*. Buenos Aires, Legasa, 1989.

⁷⁸ De Ípola, Emilio, “Un aporte al debate de la izquierda democrática”, *LCF*, N° 22, abril-mayo 1990, 10.

⁷⁹ *Ídem*.

Auyero respondió explicando que su crítica no se dirigía a la tradición liberal en todo sino al neoliberalismo y reconociendo “la ausencia en el libro de un esfuerzo destinado a recuperar el legado político de otras tradiciones aparte de la nacional popular en su sentido más restringido”. Lo justificaba por el hecho de que el escrito había nacido de una reacción frente “al cuestionamiento a las raíces culturales de la democratización en la Argentina en sus tres modelos sucesivos, el federalista, el yrigoyenista y el peronista.”⁸⁰ Si en el señalamiento de estos tres modelos podía entreverse una de las diferencias respecto de una revista que estaba buscando recuperar la tradición socialista argentina, la toma de distancia era mayor en el cuestionamiento que Auyero hacía a “las obsesiones fundadoras de la Segunda República que se referenciaban en y tendían a establecer un lazo de continuidad con la experiencia modernizadora y conservadora llevada a cabo a fines del siglo pasado”.⁸¹ Difícilmente podía De Ípola, quien junto a Portantiero había estado fuertemente involucrado en la apuesta “modernizadora” del alfonsinismo, compartir la evaluación del dirigente democristiano.

El debate sobre la centroizquierda no se limitó solo al señalado Suplemento N° 8⁸², sino que continuó en los siguientes números de *La Ciudad Futura* a través de la publicación de textos que varios de sus integrantes habían presentado al Coloquio “Alternativas políticas para la crisis argentina” que tuvo lugar en junio de ese año. En uno de ellos, Isidoro Cheresky sostenía que la “alternativa progresista” no podía ser un simple “frente del no” que coaligara a todos los sectores damnificados por el menemismo ni tampoco la continuación de las tradiciones de la izquierda. Por el contrario, planteaba la necesidad de que la izquierda democrática tomara para sí, y en forma diferenciada del discurso conservador predominante, los temas de la modernización y de la reforma del estado.⁸³ La intervención de Portantiero, con la que *La Ciudad Futura* cerraba la reproducción de las presentaciones al señalado coloquio, insistía sobre la propuesta de una tercera vía. Retomando las conclusiones de un informe elaborado por CLACSO y publicado como separata en el número anterior de la revista, el sociólogo argumentaba que, siendo impensable “un retomo a las condiciones que hicieron posibles nuestros “populismos” y nuestros “desarrollismos” de décadas anteriores, solo cabía oponer a la “modernización conservadora” una “modernización

⁸⁰ Auyero, Carlos, “Respuesta a un comentario”, *LCF*, N° 22, abril-mayo 1990, 12-13.

⁸¹ *Ibid.*, 13.

⁸² El suplemento incluía también textos de Carlos Raimundi y Héctor Bravo, quienes intervenían en nombre del radicalismo “progresista” y del socialismo democrático respectivamente.

⁸³ Cheresky, Isidoro, “Socialismo y modernización”, *LCF*, N° 23-24, junio-septiembre 1990, 10.

democrática”.⁸⁴ Esta última reconocía la necesidad de reformar el estado, pero no asociaba esta reforma con la privatización sino con la democratización. Por otra parte, si acepta que algunas áreas podían pasar a manos privadas, insistía en la necesidad de reforzar la función reguladora. Finalmente, señala Portantiero, la “izquierda renovada” debería plantear la profundización de la democracia política planteando “reformas institucionales que acerquen la sociedad al estado”.⁸⁵

La cuestión del vínculo entre progresismo y peronismo, dejada en un segundo plano a partir de la apuesta de varios de los miembros de *LCF* por la Unidad Socialista en 1991, volvió al centro del debate de la revista cuando empezó a hablarse de un posible acuerdo entre la US y el Frente Grande en vistas a los comicios legislativos de 1993. El número 37 de la revista, publicado antes de las elecciones, incluía reportajes a Héctor Polino y a Chacho Álvarez. El socialista planteaba un fuerte contraste entre “la Unidad Socialista, que tiene largo recorrido desde el año ’85, tiene una propuesta coherente para hacerle a la sociedad (y) los diversos grupos que constituyen el denominado Frente Grande... que no tienen un pasado común, que tienen distintas visiones de la realidad argentina y del mundo, y que simplemente coinciden en oponerse al actual modelo económico y social.”⁸⁶ Agregaba que, si los socialistas rechazaban el modelo menemista, tampoco querían “volver al del año 45” sino superarlo con nuevas propuestas que estaban discutiendo en el marco de la Unidad Socialista, pero las que no se habían podido consensuar con el resto del abanico político de centroizquierda porque, subrayaba en una crítica implícita al Frente Grande, lo único que se había discutido eran candidaturas.⁸⁷ El énfasis de Polino en lo programático contrastaba con el señalamiento de Álvarez respecto a los riesgos de “sobreofertar o plantear lo que no se está en condiciones de hacer”⁸⁸. Señala que tratándose de una elección legislativa lo importante es “el tipo de dirigente político-parlamentario que se va a consolidar” y cómo puede contribuir a pluralizar y preservar los espacios institucionales. El contraste se percibe también en el modo en que Polino y Álvarez pensaban la identidad progresista, mientras el primero realizaba una recuperación de la tradición e historia del socialismo argentino, el segundo señalaba que en sus discusiones con los “compañeros que vienen del peronismo” siempre enfatizaba la necesidad de “proyectar una política

⁸⁴ Portantiero, Juan Carlos, “Los dilemas de una izquierda democrática”, *LCF*, N° 27, febrero-marzo de 1990, 7.

⁸⁵ *Ídem.*

⁸⁶ Polino, Héctor, “Unificación y vocación de poder”, *LCF*, N° 37, primavera de 1993, 6.

⁸⁷ *Ídem.*

⁸⁸ Chacho Alvarez, Carlos, “¿Una nueva identidad política?”, *LCF*, N° 37, primavera de 1993, 7.

para adelante”. De lo que se trataba, concluía cuestionando a los que pensaban “que la identidad está para atrás”, era de “romper con lo que se trae y encontrar y reconstruir una simbología”.⁸⁹

III.3.c La construcción de una alianza antimenemista

En las preguntas de Alejandro Blanco y Martín Plot a Álvarez se delineaba otra posibilidad, rechazada por el dirigente del Frente Grande: la de un acuerdo antimenemista amplio, del que tomarían también parte José Octavio Bordón y el radicalismo alfonsinista. La perspectiva de ese acuerdo -refrendada en *La Ciudad Futura* por las intervenciones de Jesús Rodríguez y Federico Storani⁹⁰ e invocada en clave de un “gobierno de salvación nacional” por Julio Godio⁹¹-, se tornaría muy lejana a partir del sorpresivo pacto que, en vistas a la Convención Constituyente, establecieron Menem y Alfonsín.⁹² Aun alguien cercano a Alfonsín, como lo era Portantiero, juzgaba que el acuerdo parecía “clausurar su propuesta estratégica de construcción de una amplia fuerza opositora de signo progresista”.⁹³ Pero el sociólogo no cuestionaba solamente al alfonsinismo, al que reprochaba privilegiar “un texto constitucional sobre una estrategia de construcción política”, sino también al Frente Grande y a la Unidad Socialista, a los que atribuía una mirada estrecha que antepone el crecimiento individual a la construcción de una “amplia coalición de centro-izquierda” capaz de enfrentar a la “coalición gobernante de centro-derecha”.⁹⁴

Luego de las elecciones de Convencionales Constituyentes, en las que el Frente Grande alcanzó un gran crecimiento, *La Ciudad Futura* interrogaba el escenario futuro. Portantiero retomaba la pregunta por cómo articular “el ancho espectro de sectores progresistas” y evaluaba que los votos de radicales, frentistas, socialistas y bordonistas permitían configurar “una fuerza apreciable con

⁸⁹ *Ídem.*

⁹⁰ Rodríguez, Jesús: “No alcanza con triunfar electoralmente”, *LCF* N° 37, primavera de 1993, 4; Storani, Federico, “El futuro: un enorme desafío”, *LCF*, N° 37, primavera de 1993, 4.

⁹¹ Godio, Julio, “Otro rumbo es posible”, *LCF*, N° 37, primavera de 1993, 7.

⁹² El acuerdo, denominado usualmente como “Pacto de Olivos” definía un conjunto de reformas que, según lo convenido entre Menem y Alfonsín y establecido por la ley que definía la necesidad de la reforma constitucional, debían ser aprobadas o rechazadas en conjunto. Dentro de ese “núcleo de coincidencias básicas” se incluía la reelección presidencial, el ballottage, la creación de la figura del jefe de gabinete; la incorporación del tercer senador por la minoría; la creación del Consejo de la Magistratura y la regulación de los decretos de necesidad y urgencia, entre otros puntos.

⁹³ Portantiero, Juan Carlos, “La Constituyente y la encrucijada del progresismo”, *LCF*, N° 38, otoño de 1994, 5

⁹⁴ *Ibid.*, 6.

posibilidades de gobierno”, lo que generaba el desafío de transformar esa “suma aritmética en voluntad y acción políticas”.⁹⁵

Era para fortalecer esa búsqueda de puntos de contacto entre los sectores opuestos al menemismo que, a partir del número 40, *La Ciudad Futura* comienza a publicar una nueva sección titulada “Agenda”. El breve texto que la presenta, luego de afirmar que la revista siempre había impulsado el “surgimiento de una fuerza nueva en la que puedan converger, transversalmente, historias y personas que apuestan a una seria transformación social y política, construida sobre horizontes de gobernabilidad”, planteaba la necesidad de abrir la discusión sobre una agenda de temas y problemas que permitieran mirar al país que se viene luego de un menemismo cuyos signos de agotamiento se vislumbraban. En la primera entrega de la nueva sección tomaban parte Pablo Gerchunoff y Juan Carlos Portantiero. El economista discutía con cierta mirada que pensaba que el menemismo había completado un proceso de modernización capitalista el que solo debía ser continuado atendiendo sí a sus costos sociales. Frente a ello sostenía que dicho proceso estaba inconcluso y que un futuro gobierno debía “corregir el programa de convertibilidad sin una crisis traumática que agrave todavía más el desempleo y la exclusión social”.⁹⁶ Portantiero insistía en la necesidad de que la coalición posmenemista y, aunque reconocía que la UCR no podía ya ser el motor de dicha coalición, advertía a los dirigentes del Frente Grande que se equivocaban si pensaban que el apoyo de sectores radicales podía darse sin un vínculo orgánico y solo por “un presunto éxodo de desilusionados afiliados y simpatizantes del radicalismo hacia sus filas.”⁹⁷ También les reprochaba, especialmente a Álvarez, “el excesivo énfasis utilizado para dibujar frente a auditorios de centroderecha un perfil político más light que el que aparece en la imaginación temerosa de sus interlocutores”.⁹⁸

Pero no solo Portantiero planteaba cuestionamientos al Frente Grande. También lo hacía Tula quien lamentaba “la tendencia cada vez más marcada a preferir, destacar y otorgar roles de mayor relevancia a las vertientes peronistas que se ubican en el centro político” relegando a “la vertiente socialista” a desempeñar roles secundarios.⁹⁹ Sergio Bufano afirmaba que la decisión de competir por la presidencia y la aceleración de los tiempos electorales llevaban a que el Frente Grande

⁹⁵ Portantiero, Juan Carlos, “Las nuevas mayorías”, *LCF*, N°39, invierno de 1994, 8.

⁹⁶ Gerchunoff, Pablo L., “¿Hacerse cargo?”, *LCF*, N°40, primavera de 1994, 25.

⁹⁷ Portantiero, Juan Carlos, “Tiempo de decisiones”, *LCF*, N°40, primavera de 1994, 25.

⁹⁸ *Ibid.*, 23.

⁹⁹ Tula, Jorge, “El riesgo del vértigo”, *LCF*, N° 40, primavera de 1994, 22.

recurriera a un populismo más “moderno” para atraer el flujo de votantes. Puntualizando en la alianza con Bordón, que daría origen al Frente País Solidario (FREPASO)¹⁰⁰, y en “la aparente toma de distancia de los referentes socialistas”, Bufano preguntaba “¿Vamos a ser testigos del nacimiento de una fuerza neoperonista con influencia socialcristiana?”.¹⁰¹ Pero había otros que desde las páginas de *La Ciudad Futura* defendían la apuesta frentista. Uno de ellos era Edgardo Mocca quien, luego de reconocer que se daba prioridad a la construcción de una fuerza de oposición más que a la definición de una propuesta de centroizquierda, valoraba positivamente el giro de Álvarez hacia un discurso de “oposición responsable”.¹⁰² Otro era Osvaldo Pedroso, quien valoraba el acuerdo con Bordón considerando que, al romper con el aparato menemista, contribuía a desgranar el frente conservador y ampliar el campo progresista.¹⁰³

En términos generales en la revista predominaba una mirada favorable pero no exenta de críticas respecto al FREPASO. En sus páginas Ricardo Sidicaro denunciaba la “contaminación” con el estilo menemista y la adopción de un discurso de “bajo contenido político”¹⁰⁴ y Julio Godio lamentaba que solo hablara en nombre de un sector de “ciudadanos” sin buscar la representación de “intereses sociales”, en particular los del mundo del trabajo y el mundo de los excluidos.¹⁰⁵ Carlos Altamirano cuestionaba el seguidismo de una fuerza que, orientándose por encuestas, coloca como prioridad el combate a la corrupción del autoritarismo menemista sin avanzar en la definición de ideas propias.¹⁰⁶ Más duramente, y en una carta que la dirección de la revista publica expresando sus reservas, Pepe Eliashev relacionaba el “recelo orgánico” de Chacho Álvarez respecto de los partidos y sus estructuras con “el estilo en definitiva peronista del caudillo (en este caso ilustrado) que no necesita validarse en la mecánica institucional abierta y de verdadera libre concurrencia, ni tampoco en la lenta deliberación de los organismos representativos”.¹⁰⁷ Mocca, en cambio, valoraba que, en momentos en que la forma-partido aparece en crisis, el FREPASO “economizara todo lo posible en la construcción de pesados aparatos y en los poderes de los ‘burós políticos’”.¹⁰⁸

¹⁰⁰ Sobre la construcción del FREPASO, véase Corral, Damian, *Otro país es imposible. El devenir de la centroizquierda en la Argentina de los noventa. Del Frente Grande a la Alianza*, Buenos Aires, Prometeo-Universidad Nacional de General Sarmiento, 2015.

¹⁰¹ Bufano, Sergio, “¿Centroizquierda o neoperonismo?”, *LCF*, N° 40, primavera de 1994, 8.

¹⁰² Mocca, Edgardo, “El tercero en discordia”, *LCF*, N° 40, primavera de 1994, 10.

¹⁰³ Pedroso, Osvaldo, “Disparen sobre Chacho Alvarez”, *LCF*, N° 40, primavera de 1994, 19-20.

¹⁰⁴ Sidicaro, Ricardo, “Política menemista y problemas de la oposición”, *LCF*, N° 41, verano de 1994, 5-7.

¹⁰⁵ Godio, Julio, “La tensión entre el progresismo y el mundo del trabajo”, *LCF*, N° 41, verano de 1994, 7-10.

¹⁰⁶ Altamirano, Carlos, “La oposición y sus problemas”, *LCF*, N° 44, primavera-verano de 1995, 4.

¹⁰⁷ Eliashev, Pepe, “Una política conservadora”, *LCF*, N° 44, primavera-verano de 1995, 14.

¹⁰⁸ Mocca, Edgardo, “Sucesión y oposición en tiempos de crisis”, *LCF*, N° 44, primavera-verano de 1995, 8.

A mediados de 1996 Mocca plantearía aún más claramente su preferencia por “un partido ‘ligero’ y de ‘opinión’” capaz de pensarse como “partido de gobierno” a la vez que asociaría las críticas de quienes planteaban la necesidad de definiciones identitarias con las posiciones declamativas e ideológicas de la “izquierda tradicional”.¹⁰⁹

La proyectada alianza opositora, que hasta comienzos de 1997 parecía muy lejana, se concreta finalmente a mediados de ese año y *La Ciudad Futura* dedica una “Edición extra” a celebrarlo. En ella, la revista se aparta del género ensayístico que la caracterizaría para dejar lugar a “intervenciones de inmediato compromiso político”. El autor del texto de apertura, Osvaldo Pedroso, reconoce “el clima de entusiasmo y esperanza” y lo explica porque “la Alianza no sólo aparece como la herramienta capaz de infligir una derrota histórica al oficialismo en estas elecciones, sino que, primordialmente se dibuja como aquella pieza estratégica de transformación progresista”.¹¹⁰ Las firmas que componen el número, que como planteaba el texto de apertura no incluían ni ensayos ni reseñas de libros, reúnen a colaboradores tradicionales de la revista con figuras políticas como Chacho Álvarez y Elisa Carrió. Incluye también una solicitada, antes publicada en *Página 12*, firmada no solo por los miembros de la revista sino por buena parte de los integrantes del Club de Cultura Socialista y titulada “Socialistas en la alianza”. Los firmantes se presentan como formando parte de un tercer espacio, que no se identificaría ni con la UCR ni con el FREPASO, ni siquiera con la Unidad Socialista incluida dentro de éste. El gesto conectaba con una vieja prédica de la revista: la que planteaba la necesidad de construir una fuerza “progresista” amplia, con espacio para voces que no se encuadraban en ninguno de los partidos.¹¹¹

IV Los últimos años

El entusiasmo dejó pronto lugar al silencio, por primera vez desde su aparición *La Ciudad Futura* no salió a la calle durante más de un año. El número 49, publicado a fines de 1998, se abrió con un editorial que, en un tono de desencanto, lamentaba “los juegos y las maniobras dirigidas a situar a cada una de las fuerzas con vistas a la interna han ocupado el centro de la escena en desmedro del desarrollo de un diálogo con la sociedad”.¹¹² Luego de ratificar su compromiso con el fortalecimiento de la Alianza, *La Ciudad Futura* insistía en la necesidad de que la coalición creara

¹⁰⁹ Mocca, Edgardo, “Una fuerza para el gobierno de concertación”, *LCF*, N° 46, primavera-verano de 1996, 5.

¹¹⁰ Pedroso, Osvaldo, “Para ampliar la Alianza”, *LCF*, N° 48, primavera de 1997, 2

¹¹¹ Varios firmantes, “Socialistas en la Alianza”, *LCF*, N° 48, primavera de 1997, 4.

¹¹² *La Ciudad Futura*, “*La Ciudad Futura* un año después”, *LCF*, N° 49, primavera de 1998, 3.

mecanismos que permitieran canalizar la participación de vastos sectores, superando la condición de “mero agregado de dos formaciones políticas preexistentes”. Finalmente, la revista delineaba cuál podría ser su aporte: “ayudar a organizar, en la medida de nuestras fuerzas y posibilidades, el debate de ideas que contribuya a definir el perfil político programático y las líneas centrales de una política reformista en nuestro país”.¹¹³

La reafirmación del compromiso y la voluntad de profundizar la agenda reformista planteadas en el editorial eran matizadas en la lectura que Gerardo Adrogué hacía del libro *Los caminos de la centroizquierda*, publicado meses antes por Marcos Novaro y Vicente Palermo.¹¹⁴ Lejos de ser una simple reseña, el texto de Adrogué contrastaba los argumentos del libro con el “Debate sobre política e ideas” publicado meses antes en la revista *Punto de Vista*.¹¹⁵ Señalaba que mientras Novaro y Palermo valoraban positivamente el “desplazamiento deliberado hacia el centro de la escena política” y la dilución de la identidad populista-reivindicativo-intervencionista¹¹⁶; los integrantes de *Punto de vista* consideraban que el FREPASO habría sobreactuado el giro, “y en este proceso se perdió la identidad progresista...se diluyó la promesa republicana, al atarse a un “procedimentalismo vacío”, y más aún, se perdió la promesa reformadora, pues la reducción de la política a la economía deviene en carencia (misericordia) de ideas sobre cómo lograr una sociedad más equitativa”¹¹⁷. Adrogué cuestionaba ambas lecturas por presentar un panorama cerrado, ya fuera optimista o pesimista, a lo que contraponía un destino abierto que se jugaba en desafíos como las internas abiertas y la elección presidencial. Llamando a la acción, concluía: “los grandes argumentos hoy tienen menos validez que una práctica comprometida”.¹¹⁸

Ya fuera por el desacuerdo entre los miembros de la revista, ya fuera porque el juicio negativo respecto del derrotero de la “Alianza” predominara, *La Ciudad Futura* se sumió en el silencio durante tres años. Solo reapareció a fines de 2001, cuando el gobierno de De la Rúa experimentaba su crisis final. El número 50 era una “Edición especial” que, lo mismo que el N°48 pero con otro talante, no contenía reseñas y ensayos sino solamente notas de actualidad agrupadas en las

¹¹³ *Ídem*.

¹¹⁴ Novaro, Marcos, y Vicente Palermo, *Los caminos de la centroizquierda. Dilemas y desafíos del Frepaso y de la Alianza*, Buenos Aires, Losada, 1998.

¹¹⁵ Altamirano, Carlos; Jorge Dotti, Adrián Gorelik, María Teresa Gramuglio, Hilda Sabato, Beatriz Sarlo, Oscar Terán y Hugo Vezzetti, “Debate sobre política e ideas”, *Punto de Vista*, N° 61, agosto de 1998, 18-30.

¹¹⁶ Adrogué, Gerardo, “Un recorrido fértil”, *LCF*, N° 49, primavera de 1998, 44.

¹¹⁷ *Ídem*.

¹¹⁸ *Ibid.*, 105.

secciones “La crisis del progresismo”, “Crisis nacional” y “Ataque a las Torres gemelas”. La primera se abría con un artículo en el que Juan Carlos Portantiero preguntaba “¿Es posible (y deseable) volver a la Alianza original?”. La respuesta negativa se relacionaba no solo con una evaluación lapidaria respecto de un gobierno que había alcanzado resultados opuestos a los esperados sino también con el señalamiento del agotamiento del modelo de acumulación de postguerra y con una evaluación muy negativa respecto de la burguesía argentina. La crisis, entonces, no sería solo política pero la política, lamentaba el sociólogo, se habría mostrado incapaz de fijar metas y movilizar a la sociedad tras ellas. Habiendo nacido como “una promesa de centroizquierda” la Alianza había rápidamente mutado hacia la derecha. Pero Portantiero no asociaba este giro solamente ni principalmente con la elección de “un presidente del ala conservadora” sino con el hecho de “haberse constituido en coalición política sin tener por debajo una sólida coalición social”.¹¹⁹ La evaluación negativa de la experiencia de la Alianza se mantiene, a pesar de sus diferencias; tanto en los otros artículos de la sección “crisis del progresismo” como en los que ampliaban la lente y abordaban la “crisis nacional”.

Los dos temas planteados a fines de 2001, la “crisis argentina” y las transformaciones en un escenario internacional que se embarcaba en la “guerra contra el terrorismo”, siguieron ocupando el centro de la agenda en los números 51, 52 y 53 de *La Ciudad Futura*, publicados a lo largo de 2002. La evaluación pesimista respecto a la situación argentina no cambió tampoco a comienzos de 2003 con las elecciones presidenciales en el horizonte. Baste como muestra el título de la primera sección el número 54, fechado en el otoño de 2003: “Se agravó la crisis y estas elecciones no son solución”.¹²⁰

Al número 54 sucedió un nuevo año de silencio. Cuando *La Ciudad Futura* reapareció, en el otoño de 2004, el centro de la escena política estaba ocupado por la figura de Néstor Kirchner, de quien la revista trazaba una evaluación cautelosamente positiva. El breve texto que abría el número 55 destacaba el curso adoptado por Kirchner a partir de su llegada a la presidencia por la “recuperación de la centralidad de la política, búsqueda de dispositivos para mejorar la calidad institucional, preocupación por afirmar el pluralismo y la equidad”.¹²¹ Pero no todos compartían el optimismo de

¹¹⁹ Portantiero, Juan Carlos, “¿Es posible (y deseable) volver a la Alianza original?”, *LCF*, N° 50, primavera-verano de 2001, 50.

¹²⁰ *La Ciudad Futura*, “Se agravó la crisis y estas elecciones no son solución”, *LCF*, N° 54, otoño de 2003, 3.

¹²¹ Pedroso, Osvaldo, “En este número”, *LCF*, N° 55, otoño de 2004, 2.

Oswaldo Pedroso, autor de esa presentación, respecto de las posibilidades que el nuevo tiempo abría para “la izquierda democrática”. En el artículo que abría el número, y que como tantas otras veces funcionaba como un editorial, Portantiero valoraba que Kirchner se hubiera basado en temas republicanos para restituir la autoridad presidencial. El sociólogo temía, sin embargo, que la convocatoria “a la transversalidad” por parte del presidente implicara “la cooptación movimientista de personas o grupos para constituir una suerte de panperonismo”. Argumentaba que tanto la tradición del peronismo como la propia debilidad de la izquierda democrática llevaban “a algunos (pienso en Carrió y en parte del socialismo) a sobreactuar su oposición a partir de lo que se duda y a otros (los “transversales” más al uso) a sobreactuar su oficialismo a partir de lo que se apoya.”¹²² Frente a ello valoraba la posibilidad, todavía incipiente, de que una “izquierda de reformas” construida en torno de “los jefes políticos locales de Capital, Santa Fe y Córdoba”,¹²³ estableciera un compromiso en el que coincidieran “la autonomía con respecto al peronismo y la posibilidad de acompañar políticas gubernamentales que se hallan francamente en el horizonte de una izquierda democrática”.¹²⁴

La pregunta por las posibilidades de la izquierda democrática en un contexto de fortalecimiento del kirchnerismo signaría los últimos números de la revista. El 57, publicado en la primavera de 2004, se abría con un artículo en el que Mocca volvía sobre los sentidos y límites de la “transversalidad”¹²⁵ y se cerraba con un dossier que reunía un ensayo de Norberto Bobbio sobre el liberal socialismo¹²⁶ y un comentario de Portantiero. El sociólogo recordaba que “al menos a partir de la década del 30, y reforzada con la aparición del peronismo, las dos palabras marcan una “repugnancia real”, una antinomia imposible de conciliar; más aún, los términos mismos del conflicto histórico nacional”.¹²⁷ Luego de señalar, y lamentar, que el alma nacional-popular hubiera doblegado en la izquierda argentina al alma liberal-socialista, Portantiero imaginaba que “el texto de Bobbio podría provocar la reapertura de una discusión sobre el destino de esas dos tradiciones,

¹²² Portantiero, Juan Carlos, “¿Es necesaria (y posible) una izquierda democrática?”, *LCF*, N° 55, otoño de 2004, 3.

¹²³ Portantiero hacía referencia a la reunión que en marzo de 2004 habían mantenido Aníbal Ibarra, Jefe de gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires; Hermes Binner, ex intendente de Rosario (que meses antes había sido sucedido por Miguel Lifschitz, quien también participó del cónclave) y Luis Juez, intendente de la ciudad de Córdoba.

¹²⁴ *Ibid.*, 4.

¹²⁵ Mocca, Edgardo, “La política después del derrumbe: entre la confrontación y la resignación”, *LCF*, N° 57, primavera de 2004, 3-4.

¹²⁶ Bobbio, Norberto, “Sobre el liberalsocialismo”, *LCF*, N° 57, primavera de 2004, 33-36.

¹²⁷ Portantiero, Juan Carlos, “Tradición liberal y tradición socialista”, *LCF*, N° 57, primavera de 2004, 37.

Cómo citar este artículo: Martínez Mazzola, Ricardo (2021), “Del socialismo al progresismo. *La Ciudad Futura* y la construcción de una izquierda democrática en la Argentina”, en AMÉRICALEE. El portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX. ISSN: 2545-823X. Disponible en: <www.americalee.cedinci.org>

un debate que, en momentos en que buena parte de la izquierda volvía a acercarse el peronismo, Portantiero consideraba necesario “para el desarrollo de una cultura política de izquierdas en la Argentina, tan penetrada por el nacionalismo popular.”¹²⁸

Sintomáticamente, *La Ciudad Futura* concluía con una vuelta a los comienzos, reponiendo a Bobbio y al liberal-socialismo para discutir con la herencia del nacionalismo popular.

¹²⁸ *Ibid.*, 38.